

UN EPILOGO

El ilustrado jefe de Infantería y distinguido escritor militar D. Ricardo Donoso-Cortés publicó el pasado viernes, en este mismo periódico, un artículo referente a la estatua de Jacinto Ruiz, en el cual se describe, desde la gestación de la idea, hasta la ceremonia con que se inauguró el hermoso monumento de Benlliure.

El Sr. Donoso-Cortés, en dicho interesante artículo, se ha olvidado, tal vez por desconocerlo, de un epílogo conmovedor, que se realizó inmediatamente después de la inauguración de que se trata, yendo los comisionados al efecto por el Arma de Infantería a depositar una corona de plata y oro en el pedestal del inquieto grupo escultórico que representa a Daoiz y Velarde, que todos los madrileños conocen, y que a la sazón descansaba un momento frente al Museo de Pinturas.

Allí esperaba a la referida comisión otra muy numerosa de artilleros, y al ser entregada la corona sonó un viva a la Infantería y otro a la Artillería, lanzados, respectivamente, por ésta y aquélla, y después, el general Burgos, de grata memoria, tuvo la feliz inspiración de exclamar: ¡Viva el pueblo!

Yo estaba formando parte del público, en calidad de curioso, y este público se componía de obreros, de artesanos y, en general, de personas de posición modestísima; yo sentí entonces la sacudida de una corriente de solidaridad, de patriotismo, que nos puso en comunicación a toda la concurrencia, de donde surgió espontáneo y atronador el grito de ¡viva el Ejército!

Dicen que debajo de la delgada capa de la educación se esconde el salvajismo, y yo digo que debajo de la gruesa capa del salvajismo se guarda algo puro, algo inmaculado e intangible que, al asomar al exterior, en virtud de una conmoción suprema, funde las almas y hace latir al unísono todos los corazones; lo que sentimos aquel memorable día ante el artístico grupo que representa a Daoiz y Velarde, fue una débil, pero legítima muestra de lo que sintieron los defensores del Parque de Monteleón el 2 de Mayo de 1808. Los descendientes de Malasana forman el mismo pueblo de entonces, siempre niño y siempre grande.

No ya la Infantería y la Artillería juntas, sino el Ejército en masa, debemos repetir ahora, uniendo todas nuestras voces en una sola y potente voz:

¡Viva el pueblo de Madrid!

ENRIQUE LOSADA
Coronel de Artillería.

He leído regocijado en *La Correspondencia Militar* el anterior artículo, que responde de todo en todo a lo que vengo sosteniendo desde hace muchos años.

Hasta que el Pueblo y el Ejército no sientan al unísono esa sacudida de una corriente de solidaridad y de patriotismo, de que habla ese coronel de Artillería...

Hasta que no se persuadan de que el uno sin el otro no pueden hacer de la España de hoy una nación grande...

Hasta que no se estrechen en efusivo abrazo los descendientes de Malasana y los de Daoiz, Velarde y Ruiz, y después se concierten para barrer juntos todo lo que nos envilece y nos degrada...

Hasta que en cada soldado no vea todo español un hijo, y en cada español todo soldado un padre...

Hasta que sobre todos los convencionalismos, todos los egoísmos y todos los pesimismo no entonen juntos el Ejército y el Pueblo un himno de esperanza...

Será inútil todo lo que se hable, todo lo que se proyecte, todo lo que se intente para salvar a España de la turba de sofistas, de charlatanes, de inmorales y malvados que la dominan.

La situación de España hace un siglo era, en cuanto a degradante, muy parecida a la de hoy; nadie sospechaba que pudiera levantarse de su postración. Y se levantó, sin embargo. ¿Cómo? Uniéndose el Pueblo y el Ejército en una aspiración común. Si hoy hicieran lo mismo, salvarían la honra y la libertad de España, como entonces salvaron su independencia.

Ellos, el Ejército y el Pueblo, son los únicos necesarios para mantener la nacionalidad. Todo lo demás puede ser reemplazado o suprimido; la perturbación que esto pudiera introducir sería floja y momentánea. Y es que el Pueblo y el Ejército, pese a los que procuran mantenerlos separados, lo mismo abajo que arriba, son dos hermanos que aman a su madre España, y el uno la engrandece con su trabajo mientras el otro la defiende con su valor.

¡Qué hermosa, qué expresiva y que consoladora resultaría una estatua en que figurasen España, el Pueblo y el Ejército! Se abrirían todos los pechos a todas las grandes esperanzas el día que se inaugurase.

Insistiré en todas las ideas apuntadas en este artículo, por ser ya viejas en mí.

Gobierno acusado

El conservador ha sido calificado de inmoral en el Parlamento; no por sus enemigos políticos, sino por hombres importantes de su partido: por Urzáiz y Sánchez de Toca, dos exministros.

Sol y Ortega, interviniendo en el debate, pronunció en el Senado un discurso formidable, demostrando que no pueden gobernar unos hombres sobre quienes pesa acusación semejante.

Se le contestó que esa era una opinión particular que nadie compartía, y él, queriendo probar lo contrario, ha pedido permiso para celebrar el 28 del actual en Madrid una manifestación de protesta contra la conducta del gobierno en el asunto del Canal.

No confío gran cosa en el resultado de la manifestación; está todo aquí tan confundido, tan trastocado; hay tantas pasiones en juego, que unos por una causa, otros por otra se excusarán... muchos hombres importantes su asistencia.

Pero aún con esto se ganará algo; el que acaben una porción de mentiras que se ha querido hacer pasar por verdades, y que sepamos todos a qué ateniernos.

EL BLOQUE

A ver qué hacen ahora los que lo forman; los que se han llevado varios meses diciéndolo que los conservadores son reaccionarios y clericales.

La ocasión no puede ser más propicia para derribarlos: un mitin de protesta contra ellos en todos los puntos donde celebraron los otros, y gobierno muerto.

Bien entendido que si no los celebran, la opinión los hará responsables de la permanencia de los conservadores en el poder.

Decir a gritos desaforados que los conservadores nos llevan al abismo, tenerlos ahora al borde y no empujarlos para que caigan, sería llenarse de materia fecal para siempre.

Sin que hubiera agua que los lavase ni desinfectante que los purificara.

Los liberales

El momento es decisivo para la vida de este país; por esto nadie tiene derecho a negarse a dar su opinión parapeándose tras sus egoísmos.

Solamente me explicaría que no acudiesen a la manifestación aquellos que tuviesen el tejado de vidrio y temieran las represalias. El temor al "más eres tú" paraliza muchas buenas intenciones.

Fuera de esto quién desaprovecha en política una ocasión de derribar al contrario? Si cree que es culpable de lo que se le acusa, por espíritu de justicia; y si no lo cree, por el gusto de derribarle, aunque no aspire a ocupar su puesto.

Por estas razones, confío en que no dejará ni un liberal de acudir a la manifestación proyectada.

LOS REPUBLICANOS

Algunos (hablo de los importantes; importantes relativamente), dejarán acaso de asistir a la manifestación.

Con lo cual quedará demostrado que sus electores no tuvieron gran acierto al elegirlos para el cargo que ocupan.

Y que ellos están representando una comedia indigna al fingirse enemigos del régimen monárquico y no haciendo nada por derribarlo.

Me alegraría equivocarme viendo a todos en la manifestación.

LAS PROVINCIAS

En muchas poblaciones se está preparando una manifestación igual que la de Madrid

para el mismo día y la misma hora, reinando gran entusiasmo.

Aprieten todos, por si la de Madrid fracasara, que no me extrañaría. Tales vacilaciones veo a la hora que cierro este número: (cinco de la tarde del lunes 22).

Y si esto ocurriera, tendrían las provincias más razón que ahora para renegar de la política que aquí se hace, y para creer que, con muy pocas excepciones, lo mismo los conservadores, que los liberales, que los republicanos toman parte en el juego de compadres que está arruinando y envileciendo a España.

¡Decisión, y adelante!

Felicitación

Dije cuando Sol y Ortega fué nombrado diputado últimamente, que podía considerarse duplicada la minoría republicana.

Los hechos han venido a demostrar que acerté, y que, esceptuando dos ó tres diputados, todos los demás podrían cambiarse, haciendo un negocio loco, por medio Sol y Ortega.

Y es que, como he sostenido siempre, los hombres valen más que las ideas.

Años llevan en el Senado y en el Congreso muchos republicanos atiborrados de ideas democráticas los unos, revolucionarias los otros, y maldito si han hecho nada en favor de ellas.

Felicito a Sol y Ortega por haber roto tan cómoda tradición.

Si no es algo más que cómoda para algunos.

Día decisivo

¡Qué triunfo tan grande el de los conservadores si la manifestación fracasase en toda España, en Madrid especialmente! Entonces sí que gobernarían seguros y tranquilos durante muchos quinquenios.

Y harían muy bien entonces extremando la reacción y concediéndole al clericalismo el poco predominio que le falta. ¿Qué respetos merecía el pueblo que ni para manifestarse legalmente tenía alientos?

Carlos Malagarriga

Pocos hombres habrán recibido más homenajes de cariño y admiración que él, al volver a España después de veinte años de ausencia. Verdad es que los merece todos por inteligente, por bueno, por amante de su patria, por servicial y generoso con nuestros hermanos que luchan por la vida en la República Argentina.

El 25 del actual embarcará en Barcelona para Buenos Aires; y al par que le deseo un viaje feliz, le ruego que salude en mi nombre a toda la colonia española. El ser él quien se lo lleva, dará importancia y mérito a mi saludo.

JOSÉ NAKENS

La matanza de Béziers

Transcurría el siglo XII. El pontificado estaba en el período álgido de su imperio. Esto no obstante, la rebeldía contra Roma revelábase en Francia de una manera ostensible. En estas circunstancias fué exaltado a la silla de San Pedro Inocencio III y seguidamente a su elección envió legados a Francia, revestidos de un poder absoluto para la represión de las herejías y exterminio de los herejes. Inocencio III excitaba clamoroso a tomar las armas para vengar las injurias a Dios, pero presintiendo que la fe no era acicate bastante para mover al rey, a los condes, a los barones y a los pueblos, despertó la codicia al propio tiempo que el fanatismo.

La labor, la maquinación romana traspasó los límites de lo concebible; la santa cruzada contra los albigenses enrojeció las páginas de la Historia. Más de sesenta mil hombres, mujeres, ancianos, niños sucumbieron degollados. «Nada de lo que se refiere en los pueblos más salvajes (Diccionario filológico) se aproximó siquiera a las barbaries cometidas en esta guerra llamada santa.» «¡Más, dice Pascal, se hace el mal tan completa y sencillamente como cuando se hace por un falso principio de conciencia.» Claro; Inocencio III había declarado a los herejes peo-

res que los sarracenos; los cruzados los mataron y su conciencia quedó tranquila.

Sigamos a los cruzados al sitio de Béziers: «Allí, refiere Guizot, tuvo lugar la matanza más grande que se ha visto en el mundo entero, porque no se perdonó a los viejos, ni a los jóvenes ni aun a los niños de pecho; a todos se les mataba; al ver esto los de la ciudad, se retiraron los que pudieron, hombres y mujeres, a la iglesia de San Nazario; los sacerdotes de aquella iglesia debían tocar las campanas cuando todo el mundo hubiese muerto; pero no sonaron, porque ningún sacerdote ni clérigo quedó vivo.» Refiramos las palabras del Legado pontificio, por conocidas que sean. La ciudad contenía un número considerable de católicos. «¿Qué hemos de hacer, señor?, le preguntaron los cruzados. Nosotros no podemos distinguir los creyentes de los herejes...» «Seguid matando, respondió el Legado; Dios sabrá distinguir a los suyos.»

Y tanto celo apostólico, traducido en matanzas como la reseñada y dragonadas y derogación del Edicto de Nantes y asesinatos jurídicos como el de Vanini y mordazas a los israelitas de Alsacia; tanto dique al espíritu reflexivo, a la Enciclopedia, al avance ¿qué finalidad han tenido en la Historia? La *Declaración de derechos* en 1789 y la separación de la Iglesia y el Estado.

LOS ARISTOCRATAS DEL PENSAMIENTO

En nuestros días, notémoslo bien, el sentimiento religioso ha encontrado defensores entre los que, como los Renan y los Taine y tantos otros, consideran los dogmas como lo más absurdo. Colocándose en el punto de vista puramente intelectual, es decir, en el suyo propio, todo el contenido de la religión, todos los dogmas, todos los ritos se les aparecen como otros tantos admirables errores, como un vasto sistema de inconsciente engaño mutuo. Colocándose, por el contrario, en el punto de vista de la sensibilidad, es decir, en el del vulgo y de las masas, todo se justifica a sus ojos; todo lo que atacaban sin escrúpulo como razonamiento, se convierte en sagrado como sentimiento.

Por un extraño efecto de óptica, el absurdo de las creencias parece aumentar para ellos su necesidad; cuanto más grande les parece el abismo que les separa de las inteligencias comunes, más temen que el abismo se colme. Si por sí mismos no tienen necesidad de las creencias religiosas, por esa misma razón piensan que esas creencias tan irracionales que ellos para nada necesitan, son necesarias al funcionamiento de la vida social, y que sin duda corresponden a una necesidad positiva cuando han llegado a implantarse y arraigar de tal modo.

Frecuentemente, en esta persuasión de la omnipotencia propia del sentimiento religioso, entra, en el fondo, cierto desdén hacia los que son juguete de ellas, hacia los siervos del pensamiento, a los que hay que dejarles adscriptos a su gleba, encerrados en la bajeza de su horizonte.

La aristocracia de la ciencia es la más celosa de todas; algunos de nuestros sabios contemporáneos quieren llevar su blasón en su cerebro, y profesan hacia el pueblo esa caridad despreciativa que se complace en dejarle tranquilo en sus creencias y sumido en sus preocupaciones como el único medio en que pueda vivir. Algunas veces llegan a envidiar su ignorancia eterna, con un deseo platónico. Quizá el ave que eleva su vuelo ha sentido alguna vez vagos deseos, indefinido pesar, al ver desde la altura un gusanillo que se arrastra tranquilamente entre las hojas a través de las líquidas perlas del rocío, sin cuidarse de las bellezas de la altura: en todo caso el ave conserva el privilegio de sus alas, que es lo que hacen nuestros sabios altaneros.

Según ellos, ciertos hombres superiores pueden, sin el menor inconveniente, emanciparse de la religión; la masa no. El pensamiento libre, el libre examen ha de reservarse para los que representan la flor de la sabiduría; la aristocracia del talento ha de encerrarse en un campo restringido. Así como el pueblo romano necesitaba el pan y el circo, los pueblos modernos necesitan, según ellos, templos, que suele ser el único medio de hacerles olvidar que carecen de pan.

GUYAU

RELIGION DE FORMA

La esencia de nuestro catolicismo al uso es la forma. No fruncir el ceño, lectores, los que sabéis lógica, ni os alarméis creyendo haber oído un disparate.

Hay en vosotros un prurito insano de curiosidad; todo queréis saberlo; pues en nombre de Pío X, que todo lo ignora, hasta el italiano, su lengua patria, os digo que para ser buen católico lo primero que se precisa es una gran ignorancia. Cristo no se rodeó de sabios, sino de ignorantes. Ya lo dijo San Pablo: «No saber más de lo preciso y saberlo con escasez».

Lo menos creará alguno de vosotros que San Pedro y San Pablo sabían matemáticas, física, astronomía, historia, literatura y geografía. Pues no sabían más gramática que ese católico alfonso que ha mandado poner en famosos carteles: «Llevar la izquierda», ni más ortografía que mi portera. De varios apóstoles se cree que ni aún supieron leer, ni maldita la falta; hoy, no obstante, los hubieran hecho académicos de la Lengua á título de neos apaga luces; por algo somos el pueblo del catolicismo restaurado y restaurador.

Ignorantes he dicho; pero no basta sola esta hermosa ciencia de la ignorancia en la santa ignorancia de la ciencia; debéis de ser, además de ignorantes, carlistas. Que no se ponga en uñas algún alfonso inocente, si me oye. El santo Evangelio de San Peirólón bien claro lo dice: «De nada os servirá tener tanta fe como los ángeles ni el don de profecía, ni el de milagros, como los carteristas, si no sois carlistas de todo corazón y con todas vuestras fuerzas. El Hijo del Hombre no ha venido á salvar más que á los carlistas (Cap. XXI, vers. 15).

Fe en Jesucristo, los protestantes la tienen; ellos creen, como nosotros y como La Cierva y Canalejas, en la Trinidad, en la Encarnación, en la divinidad de Cristo, en su resurrección, en la virginidad de María, en la redención, en la gracia y hasta en los milagros; ¿y qué? Lo mismo que si creyeran en Mahoma ó en Moret y Prendergast, mientras no sean carlistas del D. Carlos de su tierra. Y vosotros, peores que protestantes y que judíos seréis si no militáis en el carlismo. De la castidad de las monjas y de la honradez de los obispos, no os respondo; pero de esto sí, con toda mi alma. El carlismo es el complemento de la santa ignorancia.

Y no se me venga alguno citando las ealaveradas de nuestro único rey papista posible D. Carlos Chapá; quien á tal irreverencia se atreva, será por no estar convencido de la gran verdad, objeto de esta plática, á saber: que el catolicismo papal hispano al uso y moda es todo forma, y por lo tanto compatible con todas las debilidades, vicios y aún crímenes imaginables, excepto la herejía, que consiste precisamente en no ser carlista y en lavarse á menudo la cara y toda la persona.

Sí, ya recuerdo los escándalos del niño Terso con aquellas dos húngaras; el sucio negocio del toisón, la mala vida que le dió á su mujer, lo gandul, trágico, violento, desgraciado, brutal y lujurioso que era, de creer á los liberales, y lo será mientras lo queden fuerzas; genio y figura... ¿Que la eubeba, la copaiba y el sándalo Midí formaban parte de su tocador? Ya lo sé, hijitos, no he de saberlo si fui amigo de Valentín Gómez, que estaba de todo ello muy al tanto? Vázquez Mella tampoco lo ignora.

Pero me habláis de pequeñeces, de monadas muy comunes que lo mismo las puede hacer ese señor que un Papa romano, pongamos por vicioso. Pues qué ¿no vivió en el incesto, en la crápula y dedicado á envenenar cardenales ricos Alejandro VI, á quien servían en las grandes orgías bellas damas en el traje del Paraíso, anterior á las modas que introdujo la serpiente? Ese mismo Santísimo (¡) Padre, ¿no le dijo á Pico de la Mirandola que él no era cristiano «¡quiera, pero que la novela de Cristo producía mucho dinero y poder»?

Paulo III, que nunca fué casado, hablaba y hasta escribía en documentos públicos de sus amables hijos... naturales, claro está, á los que enriqueció y ennobleció con el dinero de los católicos bobos.

Don Carlos haría lo que le diera la gana, pero se llamaría rey católico, el gran campeón del catolicismo, y esto sería lo esencial para salvarse y ser tenido por santo. Cuando va al Vaticano, lejos de adorar al Papa, es éste quien lo adora á él y lo recibe con honores régios, sin cuidarse de si ofenderá á la dinastía reinante en España: ¡psí! una segunda rama! ¿Qué es eso ante la legitimidad católica unida estrechamente al Papado?

Constantino, el gran Constantino, fué parricida, fratricida, asesino, ladrón, cruel, farsante; un ser repulsivo y odioso; pero se constituyó, porque le tuvo cuenta (como á los Pidales) en protector del catolicismo, y la Iglesia por poco si lo canoniza: entre tanto, ¡con qué maternal esmero y fraguando mil embustes en historias más falsas que el liberalismo de Montero Ríos, oculta aquellos crímenes nefandos! Exactamente lo mismo hace con los del sanguinario, corrupto y sifilítico Felipe II, otro gran católico, mientras que para Marco Aurelio y para Juliano (el Apóstata) hombres de tanto saber como virtud, la Iglesia no tiene más que maldiciones, y si respecto de ellos

falsifica también la historia, hácelo para acumular sombras y odiosidad sobre sus gigantescas figuras. Otro tanto realizó con Napoleón I.

¿Os acordáis de los llamados Reyes católicos? Eran dos buenos peines. El, don Fernando, un falsario embustero, ingrato, avariento, ladrón, sin entrañas y encanallado. Ella, una necia, más puerca que la basura; falsa y taimada, ladrona, y que lo digan, sino, los pobres vencidos de Málaga, á quienes despojó indignamente faltando á su regia palabra. Era también sanguinaria; ella trajo la Inquisición, y, aunque sucia, como he dicho, al extremo de mudarse de camisa por semestres, no le hacía ascos á un buen mozo que fuese más amable y joven que su marido; así algún historiador que otro. ¿Y qué? Pues siendo como digo y mucho peores ambos consortes, (me parece que me he ganado la gran cruz de Isabel la Católica) sólo porque en lo externo se llamaban católicos y defendían á la Iglesia quemando á media humanidad, los han endiosado, lo que seguramente no hará la Iglesia con Alfonso X, que era un caballeroso monarca, ni con Carlos III; pero sí con Alfonso II el Casto, otro bellaco más sucio que la sarna y más malo que el tífus del Cerro del Pimiento y... de los teatros.

Forma, queridos, sólo forma se os exige, más ó menos áspera pero al fin forma. Liberal incrédulo era Maura. ¿Se convirtió? Nadie lo sabe. ¿Cuándo hizo la retractación canónica indispensable de sus errores liberales? Nunca. El degenerado Castelar la verificó en Roma ante León XIII, que lo absolvió de la herejía del liberalismo; esto lo supo el público; pero ni de Maura, ni de La Cierva exrepblicano, ni de Montero Ríos, se sabe tal cosa; y, sin embargo, como se han constituido con su cuenta y razón en defensores del catolicismo, católicos son y asegurada tienen la gloria eterna si el carro no se tuercen.

No comulgan, no confiesan (Maura sí, y hace los ejercicios de San Ignacio muy á menudo en la calle de la Flor); no practican, no ayunan; es lo mismo; con tal que su forma externa sea la plata ídem católica, todo va á pedir de azafata.

Más á vosotros, los pequeñitos, no os sufra eso. Como inferiores, vuestra forma ha de ser más dura. En primer lugar tenéis que ser muy cochinos; ¡cuidadito con lavarse, sobre todo el cuerpo; y menos aún las mujeres! eso no lo hacen (como dijo la venerable Cándida Lamenalgas, tomo XIV de sus obras inéditas, con un prólogo de Valis y Failde), eso no lo hacen más que las mujeres malas; el lavarse es una marranería y una impiedad. El arzobispo de Colonia acaba de prohibirlo á sus curas.

Además, debéis mortificaros, no en las pasiones, sino en las posaderas, con disciplinas, y en la cintura con cilicios; pero cuenta que deben estar hechos por las trinitarias de Méndez y bendecidos, de lo contrario, mortificación inútil. ¿Lo véis? Todo está en la forma.

Oración no hagáis, ni limosna; pero rezos, sí, muchos y largos; sólo que si el rosario que usáis no está bendito, si el escapulario no es del color debido ¡oh, el color! ¡cuántos misterios encierra! tanto monta que le rezáis al diablo, por falta de forma. Ya lo sabéis; ignorancia, carlismo, suciedad, penitencia de cutis, rezo de labios y llamados católicos hasta en los bailes de máscaras; esos son los atributos de la forma católica al uso romano que os llevará al Paraíso, ó por lo menos al Limbo. Amén.

JOSÉ FERRÁNDIZ

El último ejemplo

Un hombre de entendimiento y de corazón, D. Luis del Valle, ha sentido acercarse la muerte á su lecho de enfermo. Víctor Hugo llamaba «la gran sombra» á esa perspectiva de lo Infinito Incognoscible, en cuyo umbral toma el egoísmo proporciones trágicas, y en que el terror absurdo de lo ignoto busca en el punto de contrición una prolongación imposible ó absurda de la vida.

Es entonces cuando, perdida la esperanza de continuar viviendo en el planeta, se quiere á toda costa continuar persistiendo en el cielo. Se mide, de una sola y febril ojeada de las pupilas dilatadas por el espanto, toda la extensión del abismo negro en que la nada nos va á sumergir. Y entre suspiros y sollozos, las menos veces por impulso espontáneo, las más por la sugestión de una voz hipócrita susurrante, se ofrecen los treinta dineros á cambio de un goce justiciero que en la eternidad de los siglos no ha de terminar.

No hay avaricia más repugnante; ni Harpagon ni Sylock dieron jamás sus doblas con tanta usura.

Es entonces cuando comienzan las mandas y legados. Tanto para sufragios, por si el alma no logra liberarse del cieno anonadado en la lucha estéril ni conmovir la misericordia infinita; tanto para beneficencia clerical, para que los pobres intercedan también con sus rezos gongosos. Esta suma será destinada al santo patrono, quien, como en la tierra, sabrá interponer entre el culpable y la sanción el favor: esotra á enseñan-

za cristiana, para poder alegar en el Juicio Final servicios y méritos, como si se dejaran los bienes en plena salud, y no cuando hay que abandonarlos por irrevocable ley del destino.

D. Luis del Valle no ha procedido así; ha llegado á la muerte sereno, y antes, en pleno juicio, ha pensado, no en su porvenir, sino en el de todos los hombres. Fiel á sus convicciones, desprovisto de todo mezquino interés, ha legado el fruto de su trabajo á la humanidad. Verdad, adelante, cultura; á esas categorías consagró su existencia; á ellas les dió su fruto. En verdad, cada cual por sus obras será juzgado, y como se ha vivido se muere.

La fortuna del ciudadano honrado y austero servirá para que puedan cumplir sus altos fines la Institución Libre de Enseñanza, el Instituto Rubio y la Sociedad de Amigos del Progreso. Por primera vez en España, los legados benéficos no tienen relación con redención de culpas ni ambiciones ultraterrenas. Para evitar tan torcida interpretación, los anula el donante, si alguna vez, y por incidencia, pudieran ser administrados por cualquier corporación religiosa.

¿Qué lección tan profunda á los pobres de espíritu, á los cobardes y á los egoístas! ¿Qué importa vivir en otro universo y ser juzgados ó no con benevolencia? Lo importante es saber merecerlo. Lo digno es volver á los hombres lo que de los hombres se ha recibido, y dar testimonio, en el postero y supremo minuto, de la convicción racional que pudo informar una vida honrada.

¿Cifras? ¿Detalles? Ellos vendrán á debido tiempo. Lo importante es que un hombre ha sabido, al morir, dejar de pensar en sí mismo para soñar con el ideal. Y la muerte, al recibirle en sus brazos, se habrá estremecido, como al recibir á los grandes mesías y precursores, al saber que sobre la repugnante codicia, que sueña en la agonía con comprar el Empireo, y el horror al no ser y la impenetrable negrura del aniquilamiento definitivo, puede haber algo más.

ANTONIO ZOZAYA

Crueldades de la caridad

En pocos días han muerto públicamente nueve personas de hambre en Madrid. ¡Cuántos no habrán muerto sin que nadie se enterase!

La miseria se ceba en esta población cuajada de frailes y monjas, ocurriendo casos como el siguiente:

El domingo último un hombre enfermo, con fiebres no infecciosas, solicitó ingresar en el Hospital Provincial, y fué rechazado por no haber cama.

Acudió al Gobierno civil, y el gobernador dió orden para que se le admitiera; pero el infeliz fué nuevamente rechazado por el médico de guardia.

Otra vez acudió en queja al gobernador, quien llamó por teléfono al médico del Hospital, y le ordenó que, bajo su responsabilidad y sin demora ni pretexto alguno, fuese admitido el enfermo, que con tantas idas y venidas se había agravado visiblemente.

Señoras y señores que enriquecéis los conventos:

Gozáos en vuestra obra. Dentro de poco no quedarán pobres en España. Habrán muerto todos de hambre.

¡Y viva la religión del que diz que vino á redimirlos!

¡La que me espera!

Me envían una Hoja clerical en que se pinta á Dios cegado por la ira y cebándose en un doctor guatemalteco, masón del grado 33, que publicó ponzoñosos escritos contra la religión cristiana, contra la Iglesia católica y contra sus ministros.

Paralítico, estúpido, andando á cuatro piés, desnudo, bramando como un león ó un tigre, queriendo arrancarse la lengua, execrable instrumento de blasfemias y calumnias, así lo dejó Dios, según la Hoja.

El que me la envía, escribe al final con lápiz azul: «Entérese V. E., ilustre D. José, y prepárese á recibir el castigo que Dios le enviará».

Preparado estoy, amén de resignado. ¿Mas qué hacerle, si lo hecho hecho está, y mi orgullo satánico me impide pensar en el arrepentimiento?

Pero ¡ay! no son los castigos que pueda sufrir en la tierra los que me quitan el sueño; por duros que sean, me parecerán leves comparados con los que merezco; y por largos que resulten, se me antojarán instantáneos al lado de los que me aguardan en la eternidad.

¡La eternidad! Se me hiela la sangre en las

venas sólo al pronunciar esa palabra. Y se me ponen los pelos de punta al pensar que durante ella me pegarán, me pellizcarán, me morderán, me pincharán, me freirán, me asarán, me acostarán en cama de alfileres de punta y me aplicarán tormentos que á la imaginación humana le es imposible ni concebir.

¡Ni un minuto de consuelo, ni un segundo de esperanza!... ¡El dolor inacabable!... ¡Quemado siempre, sin consumirme nunca! ¡Frito, sin perder la sensibilidad!...

¡Y lo que es más terrible aun que todo eso, lo que más me aterra, lo que más me anonada, es pensar en que acaso no me concedan ni media hora al día para dedicarme á escribir mi *Manojito de flores místicas*, habiendo en el Infierno, según Dante nos dijo, tanto cura, tanto fraile, tanto obispo, tanto papa!...

Porque, si me la concedieran, el Infierno se convertiría para mí en un lugar de delicias inacabables.

Aunque allá veremos. Es posible que Satanás se convenza de que le conviene dejarme algún tiempo para dedicarme á moralizarle aquella tropa. Que estará buena.

¡Presbíteros, y en el infierno, y desesperados! Cualquiera los mete allí en cintura como no sea yo.

Papeles viejos

La Deuda perpetua

Lara D. A. S.-A.

Simpático «Creso»: Ayer tuve el honor de que me presentaran unos respetabilísimos señores títulos... de la Deuda—4 por 100, serie A.—Ni aun de vista conocía yo á los tales, y—¡qué cosas ocurren!—hizo la presentación cierto individuo que *trabaja*, y no mal, según noticias, contra el sagrado derecho de la propiedad, base, cimiento, asiento, sustentáculo y fundamento del orden social.

—¿Cómo por esta casa tan rozagantes personajes de tinta, digo de sangre azul?—pregunté.

—Me los envían para que los negocie; son *choraos*.

—¿Con que *choraos*? ¿y cómo se usa este papel?

En secreto, querido S.-A., le diré tres cosas: primera, que lo del *choro* me indignó; segunda, que pregunté un tanto humillado el «modo de usar» los títulos, y tercera, que molestó mi amor propio la mal encubierta conmisericordia con que mi interlocutor contestó:

—Supongamos que tiene usted 500 pesetas (aquí una sonrisa equívoca). La suposición es necesaria para que nos entendamos. (Otra sonrisa del mismo jaez.)

—Adelante—respondí un poco sulfurado.

—Las cuales 500 pesetas emplea usted en uno de estos títulos, que son de la Deuda perpetua, fíjese bien, *perpetua*, es decir, que no se acaba jamás. En primer lugar, y no obstante el rótulo, el papel no le costará arriba de 440 *beas* en vez de 500.

—¿Y en qué consiste eso?

—Las 500 «del ala» son el valor nominal, pero como el dinero es mercancía y hoy por hoy puede emplearse en negocios seguros que den más de 4 por 100, el valor positivo del título desciende hasta ser próximamente equivalente al término medio del interés *seguro*. Si el interés del dinero fuera menor, el título valdría más de las 500 *beatas*.

—No está muy clara la explicación, pero... sigamos.

—¿Ve usted la fila de casillas larguiruchas que el título tiene en el lado izquierdo? Pues son los cupones. Cada uno vale 5 pesetas, que el Estado paga de tres en tres meses. En un año este título pare cuatro duros y en veinticinco años las 500 pesetas de su valor nominal, y después sigue el Estado debiéndole no las 440 que le costó sino 500. ¿Que se acaban los cupones? Pues presenta usted el título *vacio* y le dan otro *lleno*, y los hijos de usted, los nietos, los biznietos, los tataranietos siguen cobrando cuatro duros al año hasta la consumación de los siglos, hasta que suene la formidable trompeta llamando á juicio final, ó, si usted lo prefiere, hasta que nuestro planeta sea un cuerpo helado que gire silencioso alrededor de un sol extinto. Y ni aun así dejará el Estado español de deber estas 500 pesetas. ¡Vaya un negocio si usted tuviera mil papeles de estos!

—No veo los motivos de tanta admiración.

—¡Claro! Como que el papel de esta clase es un negocio mezquino. Figúrese usted que su tatarabuelo hubiera empleado 2.000 reales en una acción del Banco de San Carlos cuando, hace un siglo largo, le fundó Cabarrús. ¿Sabe usted lo que valdría hoy la acción?

—Pues 500 pesetas, señor mío.

—¿Sí? ¿Unas 2.300!

—Eso será con la acumulación de intereses.

—Eso será narices. Desde que compraron la acción hasta «nuestros días» habrá cobrado su familia sobre 32.000 reales, y no obstante tan estúpida y formidable producción, lejos de extenuarse y agotarse, el papel vale más de lo que costó. En suma, que la respetable familia de usted habrá cobrado 16 veces lo que gastó su tata abuelo y

aún le debe el Banco ó el demonio, no 2.000 reales sino 9.200. Pero éste es un negocio legal mezquino; supongamos...

Vea yo entrar á mi interlocutor en una serie de consideraciones y de argucias que, naturalmente, se hubieran estrellado en la firmeza de mis convicciones y en la solidez de mis principios. Le veía en camino de establecer un parangón entre la conducta del hombre que arriesga su vida y tiene enfrente las fuerzas todas de la sociedad, y la conducta del capitalista que gana legalmente su dinero, prestando—¿quién lo duda?—un servicio á la sociedad, y no le dejó seguir. Con el tono campanudo y definitivo que da la posición de la verdad, dije severamente:

—Veo que anda usted cerca de justificar ó de disculpar la conducta de cuantos atentan contra el excelso derecho de la propiedad, arrojando la ignominia sobre la respetable clase de los capitalistas, sin la cual ni habría civilización ni podría subsistir esta sociedad perfecta; pero, señor mío, conmigo no valen tretas, porque tengo una regla infalible para distinguir lo moral de lo delictivo: cuantos están aquí encerrados por apropiarse los frutos ó el producto del trabajo ajeno son ladrones; los que no están aquí son hombres honrados.

No me contestó. Rendido por tan formidable razonamiento, agobiado bajo el peso de mi dialéctica, me miró, creo que con asombro, se encogió de hombros y fué.

Excuso decirle que estoy altamente satisfecho de mí mismo. En realidad—fuera modestia—mi réplica fué colosal y colosal también la lección que di al sofista.

¡Lástima que no presenciara el coloquio todos los presos que aquí hay por robo, hurto, estafa, falsedad, abuso de confianza, etcétera, etcétera! ¡Lástima también que estas líneas no se publiquen, para gloria mía y enseñanza de todos!...

Salud y alegría le desea su amigo,

J. J. MORATO

25 Marzo 1908.

CUADRO ACABADO

Lo es el de la situación actual de España pintado por *España Nueva*:

«La España presente, sin Colonias, sin comercio, industria ni marina mercante; con la mayor parte de su territorio convertido en un erial inexploable; sin humo de fábricas, pero ensordecedor ruido de campanas; con pocos talleres ó innumerables conventos; teniendo en disminución el número de braceros del campo y en pasmoso aumento el de frailes y monjas; con un presupuesto agobiado por la Deuda pública, clases pasivas y culto y clero; tierra fértil para los monopolios, chanchullos é irregularidades, madre del privilegio y madrastra de la santa igualdad, es el acabado retrato del país decadente, enervado y deprimido, en el cual asoman ya los síntomas del desquiciamiento y ha habido que hacer leyes especiales para combatir el separatismo.»

Bien pintado el cuadro. Lo triste es que al contemplarlo las víctimas que en él figuran, ni se avergüenzan ni se indignan; á tal extremo de indiferencia y resignación ha llegado este pueblo que fué tan apasionado, tan valiente y tan altivo.

Profecías

La Unión de Fregenal de la Sierra dirige á sus asociados este manifiesto-convocatoria:

«Además del mal año—escribe el presidente—porque hemos venido pasando, están los propietarios que, arrendando sus propiedades á vecinos de otras poblaciones, dejan sin trabajo á los obreros de ésta, porque los arrendatarios traen los obreros de sus respectivos pueblos. Y además, que no dejan ya al jornalero el arbitrio de la carga de leña, y el «jaz» de monte, con lo que han acabado de abrir las puertas de la miseria, de la cárcel... y hasta del crimen. Y ante tanta iniquidad, es preciso que nos rebelamos todos los que ganamos el pan trabajando.

En los últimos días de Diciembre, nos quejamos al Municipio, y éste tuvo á bien distribuir á los parados por las casas ricas; todos conocéis el resultado: se mofaron de nosotros, pues hubo propietario que mandó á los obreros á que fueran á trabajar veinte leguas de aquí... Y si un día los hambrientos de Fregenal, impulsados por la miseria, se arrojaran sobre los que tienen acaparados los medios de vida, dirían: ¡criminales!

Para solucionar tan excepcional situación, han vuelto á mover el empolvado expediente de los guardas rurales, con lo que conseguirán avivar más los odios de clase; y si á esta disparatada manera de pensar y proceder no hay una inteligencia ó una fuerza que se imponga y encauce los perturbados sentimientos de «nuestros» capitalistas, habrá de llegar un día muy pronto, en que nos hagan presenciar una desastrosa hecatombe.»

Llevamos tantos años oyendo estos augurios siniestros, que no nos producen ya efecto alguno. Pero como las causas que los determinan van cada día en aumento, puede llegar uno en que perdidas todas las espe-

ranzas, se prescindan de todos los respetos y se salten todas las vallas.

Y entonces...

Entonces no habrá consideración que detenga ni fuerza que contenga.

Un pueblo que después de sufrir mucho y suplicar mucho se decide á obtener, sin reparar en medios, lo que por justicia y por humanidad se le debe, no hay poder que contrarreste su empuje.

Los que pudiéndolo evitar no lo evitan, son unos grandes imbéciles ó unos grandes criminales.

Los fieros castellanos

Los españoles somos muy independientes, muy indómitos, muy quisquillosos; á nosotros nadie nos tose, ¡bah! Sólo que algunas veces nada de esto se ve por ninguna parte.

Desde la traición de Sagunto, madre de la restauración, hemos sufrido humildísimamente todas las afrentas, todas las humillaciones y todas las villanías.

Nos robaron, ó nos vendieron, ó lo que fuera, nuestras Colonias, dejando á España hecha un trapo; y no sólo dejamos impunes á los que perpetraron ese delito de lesa patria, sino que les toleramos que otra vez gobernasen; y para colmo, hoy los aclamamos y parece que tenemos empeño en que vuelvan al poder, sin duda para que malbaraten lo poco que nos queda.

De todo esto son origen las instituciones; y cuando éstas, en su continuo ir y venir, llegan á cualquiera parte, la ovación es completa, y tan entusiasta como las que nuestros abuelos dispensaban á *Narizotas*, el de la famosa compra de los barcos rusos.

La pestilente ola clerical avanza, y de día en día; pero como los liberales, á fuer de buenos españoles, somos tan fieros, indómitos, etc., rugimos ¡guerra! ¡guerra al clericalismo! Por supuesto, respetando al clero.

Y éste, considerándose ya amo de los sudorosos bravos españoles, se quita la careta y... Ordeno y mando.

Y ya es un energúmeno con cerquillo que, encaramado en el púlpito, se vacía hartando de insultos y desvergüenzas á cuanto no le peta, Gobierno inclusive; ya un párroco que, pasándose por bajo la pata lo ordenado sobre la higiene y la autoridad del alcalde de una capital, pasea los cadáveres por donde le da la gana, todo ello aplaudido por el gobernador de la provincia; ya un obispo que, riéndose de la ley del descanso dominical, *autoriza* para trabajar en domingo á los cajistas de un papelote neo, poniendo en berlina á otro alcalde de otra capital; ya las amenazas y provocaciones de los carcas... Todo ello demuestra que la reacción no va á triunfar, sino que ya ha triunfado.

Y como si los carlistas no están ya en mayoría en el Norte de España, lo están en Oriente de Madrid y tienen influencia real y verdadera á que nadie osa oponerse, se dan gusto en todo, incluso en ir borrando los recuerdos de cuanto haya sido honra ó gloria de la libertad; por eso estamos ya mudando los nombres á los regimientos que aún los llevan de victorias obtenidas sobre nuestros amigos los carlistas; y cambiado ya el de Arlabán, llamaremos al de Luchana Zumalacárregui, al de Vergara Cabrera, al de Sesma Cura Merino y al de Treviño no sabemos si obispo Caixal ó Rosas Samaniego. Y así les demostramos á los clericales la estimación que les tenemos y lo inclinados que estamos á otorgarles nuestra confianza.

Y vengan puntapiés; que aquí estamos para sufrirlos los hijos de esta tierra de fieros castellanos que más bien parece un país de eunucos.

ISAURO L. OCHOA

Remedio eficaz

Falta á la verdad, nos engaña, quien diga que no existe remedio para curar radicalmente los gravísimos males que afligen á la pobre y desventurada España.

Miopé debe ser quien no vea el remedio que puede exterminar la infección producida por esa plaga de zánganos que entran á saco en la colmena nacional. Aquí lo que hace falta es encontrar quien se atreva á aplicar el remedio con la energía varonil que las circunstancias exigen.

Es verdaderamente vergonzoso, criminal, que conociendo el remedio, no encontremos *Galeos* que expongan la vida para apoderarse de la *Gaceta* y aplicar desde ella eficaces prescripciones; puesto que no es lógico ni racional confiar la curación de los males de España á los que tienen la culpa de todas sus desgracias. Expulsar de nuestro suelo todo lo que nos corrompe, prostituye, arrui-

na y asfixia, no es tarea que la puedan realizar los monárquicos, aunque todos los Alvarez del mundo digan lo contrario.

Los que nacieron en Sagunto saben de dónde parte el foco de infección, pero les está prohibido atajarla, so pena de ser despedidos del comedero. ¿A qué es debido este fenómeno?

Con descaro sin igual lo han dicho todos los monárquicos de altura: por encima de los sagrados intereses del pueblo y de la libertad está la monarquía. El pueblo que recibe esa bofetada sin sonrojarse es digno que lo dirija cualquier saltimbanqui desvergonzado.

Hasta que sean castigados con dureza los políticos de las faltas y crímenes que cometen y que está en su mano evitar, seguirá la *Gaceta* patrocinando los vicios y á los holgazanes, sin cuidarse en lo esencial de los males sociales.

¿Qué se diría del médico que tuviese á su disposición el agente terapéutico que con suma eficacia supiera exterminar radicalmente los fenómenos patológicos que se presentan en el cuerpo humano, si no los aplicara y dejara morir conscientemente á su enfermo? Se diría que era un criminal; y con razón.

¿Y por qué no se ha de castigar al gobernante que, con la *Gaceta* en la mano, no evita que muera el país miserablemente?

Si la terapéutica pudiera ser tan exacta para curar los males del cuerpo, como puede ser la *Gaceta* para curar lo económico-social, seguros estamos que no habría una defunción de enfermedad conocida. ¡Triste misión la del gobernante que, conociendo el remedio, no le aplica para curar al pueblo, por temor, cobardía, servilismo!

Si estudiamos el carcomido edificio que habitan los monárquicos, no encontraremos en él ni un grano de arena que pueda utilizarse; todo está podrido, todo es inútil; pero se sostiene, para mengua de todos, sin derribarse.

Amparados están los monárquicos por todo aquello que repudia el país. Tienen á su lado lo más insano, á los que nunca han producido, á los sostenedores del vicio y la holganza, á los jesuitas de sotana y de levita que trafican con la religión, á la burguesía que explota sin piedad al obrero, y á los empleados que sufren modorra al ir á la oficina; y, á pesar de no tener á su lado otros elementos, son los monárquicos intransigentes, altaneros, descarados y provocativos con las demandas del pueblo. Y en cambio, los llamados republicanos *sensatos*, los *moderados*, los que hacen alarde de ser conservadores teniendo enfrente la monarquía, los que debieran ser los defensores de los intereses morales y materiales del país, se entretienen en colokuar á los monárquicos, transigiendo con todo lo inútil, con todo lo malo que éstos defienden.

Es verdad que todo buen republicano tiene el deber de ser respetuoso y bien educado; pero esto no quiere decir que seamos transigentes con los malos, con la mentira y la maldad.

La misión de los republicanos de buena cepa es la de moralizar y regenerar, y la de no parar hasta exterminar las corruptelas monárquicas que tanto y tanto nos degradan.

Y ya que los monárquicos se encuentran incapacitados para poder aplicar los remedios con eficacia, traten de aplicarlos los republicanos con la entereza y virilidad que exige el patriotismo, y demandan los altísimos intereses de la patria.

Y si entre los monárquicos existe algún patriota, que lo dudo, de los que creen que por encima de todos los intereses están los del pueblo y la libertad, si quieren ser justos, vengáanse al campo republicano radical, al revolucionario, que no ha de faltarles sitio donde poder trabajar para que sea un hecho la aplicación de remedios eficaces que sirvan para curar y regenerar á nuestra moribunda España.

LORENZO ARDID

Barcelona 10 Marzo 1909.

Rápida

Pasé á la habitación de mi inseparable amigo, y entre varios retratos que en ella había llamó particularmente mi atención uno sin marco ni *passe-partout*, con la fotografía en grupo de dos recién casados.

Al pie de los retratados vi unas líneas manuscritas, y dirigiéndome á mi amigo le dije:

—¿Se puede?...

—¡Ya lo creo!—me interrumpió.—Para eso lo he colocado ahí.

Y alargándomelo púsole en mis manos. Entonces pude leer:

«El fanático *so'ituro* y rabioso antiletrouxista Fulano de Tal y Cual. ¡Era aragones!

«La falsa é ingrata Fulana de Tal y Cual. ¡Era castellana!...

Me disponía á colocarlo en su sitio, cuando mi amigo me dijo gravemente:

—Tiene reverso, como las medallas.

Lo volví y continué leyendo:

«El.—Traiciona su conciencia y reniega de su patria por el mezquino sueldo *solidario* de cien pesetas mensuales en una dependencia municipal.

«Ella.—Hipócrita despreciable, es el colmo de la ingratitud. Arrancada, con grandes sacrificios míos, de las garras de una mala madrastra, y redimida del cautiverio de la miseria con mi cotidiano trabajo, en cuanto se vió libre de esas dos negras esclavitudes *negóme hasta el saludo*.

«¡Miserable! Te odia y te desprecia tu salvador.»

(Aquí la firma.)

Acabada la lectura de estas líneas, quedé me contemplando á mi amigo, que se miraba hacia dentro, como diciéndose:

«Mientras no haya leyes ni códigos que penen y castiguen severamente la ingratitud, la sociedad seguirá siendo cómplice de muchas infamias é iniquidades.»

GABINO RONDA

Preludios

El alcalde de Bilbao ha suspendido la apertura de las bibliotecas populares creadas por el Ayuntamiento, y el gobernador de la provincia ha aprobado la conducta del alcalde. En el índice de las bibliotecas figuraban autores como Zola, Darwin, Schopenhauer y Voltaire al lado de Santa Teresa, San Agustín y fray Luis de León, y en una nación católica. Según esas autoridades, no puede consentirse que una biblioteca oficial contenga obras heréticas.

Y esto se ha hecho antes de que la mezuquina y reaccionaria autonomía en provento, haya comenzado á regir. El día que se implante, veremos á alcaldes y gobernadores quemar en la plaza pública libros y periódicos.

Y si el pueblo español permanece como hasta aquí, pasando por todo, harán perfectísimamente.

El pueblo que es esclavo, debe serlo.

LAS CAMPANAS

Tanto las han ensalzado los poetas y los novelistas, que sólo me queda el recurso de echarlas abajo si he de ser original.

¿Para qué sirven las campanas? Para macharnos y rompernos la cabeza. Todo lo que se diga en contrario, será romanticismo cursi. «El dulce son de las campanas»..., «el alegre repiqueteo de las campanas»... Muy bonito, sí, señor, en *El cura de aldea* y en las poesías de Grilo; pero, en la realidad, detestable.

—¡Dindón, dindón! ¡Dindón, dindón! ¡Qué ruido, qué estrépito, qué machaqueo tan horrible! Y todo para decir á los que están hartos de saberlo: «vengan ustedes á misa, á la novena, al sermón, á las cuarenta horas, á las ánimas. Y dejen ustedes su dinero en los cepillos y en las mesas petitorias, que es lo que se trata de demostrar.»—¡Dindón, dindón! ¡Dindón, dindón! ¿Que la calle es angosta y molestamos á los vecinos? Aguantarse. ¿Que hay enfermos y moribundos? Morirse.—¡Dindón, dindón!

Comprendo que allá, muy lejos, en la soledad de los campos y en la paz de las aldeas, la campana, como la zampoña, el esquilon y los cencerros del ganado, tendrá su poesía. La pintura, la música y la guerra, desde lejos, suélese decir. Y yo añado: las campanas, cuanto más lejos, mejor.

Comprendo también que antes de inventarse el telégrafo, el teléfono y la imprenta, se valiesen los curas de ese medio brutal para llamar á sus parroquianos, aunque los muezines ¡estúpidos moros! empleaban y emplean el más suave de las matracas desde sus torres ó minaretes. Pero ahora que todos podemos servirnos de los chicos de cualquier continental exprés y de la prensa para transmitir un anuncio y reproducirlo en miles de ejemplares, no veo la necesidad de las campanas, como no sea para reventar al prójimo.

Muchos hay (dudo que merezcan el dictado de prójimos míos) acostumbrados al estridente campaneo, y que oyen campanas sin saber dónde. Por ellos subsisten esas vocingleras en las ciudades. Si la mayoría de los hombres tuvieran el tímpano tan delicado como yo, estarían ya las campanas transformadas en perras chicas.

Es lo que hizo ó mandó hacer un señor obispo de no recuerdo cuál diócesis. Fué campanero en su mocedad, y tuvo la suerte de no ensordecer como Cuasimodo, el joro-

meta de «Nuestra Señora de París». Luego le hizo cura, pasó a canónigo, llegó a obispo, y recordando los floridos días de su juventud y a sus compañeras las campanas, mandó fundir tres y colocarlas en la torre de la iglesia adjunta a su palacio. Las bendijo, las bautizó con los nombres de tres sororinas suyas muy gupas (Anita, Patrocinio Presentación), ordenó que se echaran a vuelo y tuvo un día feliz. A éste siguieron muchos, y siempre su Ilustrísima oía con deleite el son de las campanas como la más divina música, haciéndose lenguas de aquellas metálicas, vulgarmente badajos, por las cuales hablaba nada menos que Dios.

En su nombre le rogó un canónigo, cierto día que contrajo un catarro al oído, la suspensión de la tocata.—No es posible—respondióle su Ilustrísima,—valdría tanto como hacer enmudecer al cielo.

Pero llegó su turno y se vió aquejado de una terrible enfermedad sintomática, cuya causa no acertaron a determinar los doctores más renombrados. Tenía un no sé qué, agitación general, molestias continuas repartidas por todo el cuerpo, temores vagos, y el menor ruido le hacía el efecto de mil bombas en explosión. Sólo hallaba algún consuelo departiendo con sus familiares acerca del lenguaje simbólico de las campanas, benditas lenguas del Señor que le habían iniciado de niño en los misterios de la religión verdadera, y ahora en la vejez se le aparecían como unas vírgenes músicas, con la cara de sus tres sobrinitas, encargadas de convocar a los fieles y de acompañarle en sus oraciones.

Decía esto conversando con cierto paje muy de su devoción, un barbitoniente predestinado a la mitra y aun al capelo cardinalicio, cuando rompieron las campanas a tocar con descompasada furia, que al señor obispo le pareció estruendo de mil demonios encadenados.—¡Que se hunde el universo! ¡Que se caen el sol, la luna y las estrellas y me aplastan!—gritó, corriendo despavorido por los salones y las galerías del palacio episcopal.—¡Valedme, valedme, cielos! ¡Esas malditas campanas! ¡Que paren!

Y al punto volaron sus servidores, y pusieron en paz y quietud los badajos, y llamaron a los médicos, quienes enterados de todo, especialmente de aquella exacerbación de la enfermedad, motivada por la bulla campanil, certificaron con mayor conocimiento de causa, que el señor obispo padecía de hiperestesia sensitiva, y que la dolencia tenía su raíz en el campaneo, que traqueaba el sistema nervioso de su Ilustrísima poniéndole los nervios de punta, por lo cual, y si no se ponía remedio, aunque obispo, se volvería loco.

—¡Fuera campanas!—gritó el prelado.—¡Fuera campanas! ¡Fundanlas otra vez y tornen a su ser primero! Hagan de ellas perras chicas y grandes autorizadamente, y páguense con ese numerario a los doctores que han dado en el quid de mi enfermedad.

Así se hizo. Toda la diócesis, cuando su Ilustrísima la visitaba, permanecía muda. El obispo curó. Los médicos entregaron a los pobres las perras, por no caigar con tanto peso, y los pobres se alegraron de tener, en vez de campanas, semejante perrería.

Yo, desde que oí este cuentecillo, siempre que oigo tocar campanas, como sepa dónde, alzo la vista, y, enfilándolas, digo: ¿Campanas...? ¡Perras!

BENIGNO PALLOL

MAL DEL SIGLO

A la sicalipsis se le ha concedido la honra transcendencia de problema social. Unos cuantos señores, de los que no gustan ver en público hermosas pantorrillas, ni clasificar los colores de las ligas de muchachas no nada pudibundas, se han erigido en protectores de la decencia, y en acabar con desnudeces y libertades harto pecaminosas ponen todas sus aspiraciones y lo mejor de su energía. Dentro de poco, en los programas políticos ocupará un buen espacio el estudio de la sicalipsis y el modo de aminorarla y hacer legal la poca que se tolere en los espectáculos. Y mientras los moralistas se desviven por llevar al ánimo de todos el agradable convencimiento de que ciertas libertades femeniles sólo pueden y deben reservarse para la intimidad, autorizadas por el lazo del matrimonio, la actualidad, el interés del momento lo componen las danzas de la Gueirero y la próxima presentación de Julia Fons. Las bailarinas, pues, están de moda, no obstante los mil escrúpulos de los predicadores de la moral á ultranza.

La pornografía, á lo que parece, es el mal del siglo. Castos varones, que suelen proteger bondadosamente á lindas muchachas y que llevan su honestidad hasta el punto de hacer de la amante algo confundible con la esposa, han visto los peligros á que se expo-

ne la juventud con el desenfreno de las costumbres y la tolerancia de licencias pecaminosas, y unidos en saludable cruzada se aperciben á cauterizar la dolencia social. Ellos no se oponen á que los hombres se sientan varones de vez en vez, y que, como tales varones, gusten y se recreen en el trato é intimidad de muchachas amables, sin aquellos escrúpulos que hacen del amor una necesidad perentoria, como el comer ó el dormir. Tampoco son tan severos que asignen á un hombre su mujer propia y declaren ley inexorable que todo varón debe contentarse con su hembra. Nada de esto existe. Lo que hay es que la decencia impide en público cosas que en lo privado pueden ser y son seguramente gratos alientos para la propagación de la especie y razones más poderosas que el precepto bíblico para que no se despusble el mundo.

La pornografía, además, no debía juzgarse tan someramente desde que se demostró que el «Cantar de los cantares» era una obrita muy moral y de enseñanza religiosa. ¡Quién sabe las cosas bellísimas, honestas y transcendentales que descubrirá un sabio glosador en las indecencias de «La carne flaca» dentro de mil años! ¡Quién es capaz de predecir los misterios teológicos que se ocultan al través de las páginas de las obras de Trigo!... Tal vez esta epidemia de sicalipsis no sea más que un signo bien claro de una virilidad que despierta después de muchos años de solitarismo nacional, de raza. En el fondo del pueblo, que gusta de las mujeres hermosas y aparta su devoción de pálidas vírgenes para hacer reinas de lindas muchachas alegres, tal vez haya más vida, más aspiraciones y mayores alientos para la lucha, la abnegación y el heroísmo que en esa casta de hombres que ha divinizado la impotencia y enaltece la infecundidad de la mujer y hace del claustro el fin único de la existencia...

GUSTAVO

Sobre educación racional

Déjase hoy sentir gran necesidad de cambiar, de modificar en absoluto los derroteros seguidos en la función educativa, dignificando la educación para convertirla en fuente de perfectibilidad para los humanos.

Nuestra actual enseñanza, nuestro método educativo presente, es absurdo, contraproducente, por el abuso de los libros, donde se contienen fórmulas que desarrollan la memoria con perjuicio manifiesto del raciocinio, y por no tener al niño en contacto directo con la naturaleza, base de observaciones altamente utilitarias. El conocimiento relacionado con la vida, la educación por el ambiente, desarrolla en el niño ese interés innato que siente, no solamente hacia sí mismo, sino á cuanto le rodea.

La educación, definida lógica y racionalmente, no es otra cosa que la guía de los sentimientos personales y de las tendencias del individuo. Naturalmente que esta dirección ha de ser metódica, ordenada, y sobre todo integral, puesto que sin ella se desarrollarían en el hombre energías inmoderadas ó estériles, cuando no salvajes.

Se debe comenzar en la educación natural, es decir, en la de relación con la naturaleza, por fenómenos, por hechos, que presenten caracteres comunes y generales. No debe jamás procederse á definiciones, ni menos á clasificaciones inútiles hasta que el niño se haya provisto de una experiencia resultante de sus propios conocimientos y observaciones. Las definiciones no son otra cosa que lógicos corolarios desprendidos de las verdades experimentadas, y tendrán su utilidad relativa cuando el cerebro infantil se abra con suficiencia á la inducción y deducción, que obran sobre las ideas como el análisis ó la síntesis química sobre los cuerpos.

La vida es la educación racional por excelencia, ya que existe en el hombre un afán legítimo é insaciable por conocerla, desarrollando sentimientos de admiración, de afecto, hacia cuanto le rodea. El niño, ante la naturaleza que le envuelve con panoramas de unidad inmensa, ante la variedad de lo que existe, siente que su ánimo se expande, adquiere el sentimiento de lo bello y desarrolla para lo porvenir saludables y propias iniciativas, que le impiden malgastar su intelecto y su conciencia en fútiles pensamientos sobre la existencia ultraterrena.

Claro es que uno de los obstáculos más insuperables que hay que vencer para implantar este sistema de educación, es la Iglesia. Ella mantiene la ignorancia popular, odiando cuanto tienda á la emancipación de las inteligencias, enseñoreándose de las conciencias femeninas para más impunemente atrofiar los cerebros infantiles. Como la fe es manifestamente incompatible con la razón, impide el que á los horizontes de ésta pueda llegar el beneficio de una cultura basada en lo real, en la experimentación práctica, que engendrará la desaparición del fanatismo y la ignorancia, cimientos sobre que se asientan todas las religiones existentes.

Sin embargo, la renovación en el procedimiento educativo se impone; pero no bas-

ta que nos aislemos en el nimbo de un ideal consolador. Hay que arrebatar al catolicismo las mujeres, no consintiendo el menor contacto con el dogma ó con el cura, porque si les dejamos éste elemento, la Iglesia nos dominaría siempre por la conciencia y la voluntad de las que deben ser compañeras nuestras en la educación de nuestros hijos, y no esclavas de sacerdotes de una religión avasalladora que, al conocer las intimidades del hogar, dispone de nuestros destinos según convenga á la estabilidad de su privilegio y dominación.

FEDERICO FORCADA

Irún y Marzo 1909.

Los pobres

Mientras se mueren de hambre y frío, la gentuza clerical reparte Hojas microscópicas, á 10 céntimos el ciento, en las que se lee bajo ese mismo título, *Los pobres*:

«La Doctrina cristiana enseña las obras de misericordia que han de practicarse con los necesitados. Ordena además que se respete en los pobres la persona de Jesucristo; porque Jesucristo dice en el Evangelio: «Lo que hicieris por alguno de los pobres, lo hacéis para mí».

En cambio habéis de saber que el liberalismo más avanzado comienza ya á decir sin rebozo que á los pobres hay que dejarlos perecer; hay que exterminarlos: porque son una raza vil y degenerada, y una rémora del progreso de la humanidad.

Como quiera que sea, los que no esperan nada en otra vida, quieren tener su cielo en este mundo; y poco les importan las miserias y lágrimas de los pobres. Pero ya comprendéis que los que esperan recompensa eterna por sus obras de caridad, se mueven á socorrer á los necesitados más fácilmente que los que no esperan sino la alabanza y gratitud de los hombres.

¡Pobres! Escoged entre estas dos doctrinas, y mirad cual es para vosotros más favorable y cual más dañosa.

Escoged también entre los dos partidos, el partido católico y el partido liberal y ateo; y mirad cuál sea digno de ser amado y cual sea digno de ser exterminado.

Después de leer esto, se piensa en algo muy hermosamente brutal y justiciero, que barra en un par de semanas una porción de cosas muy tradicionales, muy respetables, muy santas... Amén.

Un enfermo con cinco hijos á quien hace días recomendó el gobernador civil para un socorro, después de auxiliarse metálicamente, fué socorrido, en efecto, por la Asociación de Caridad, que le dió diez bonos de diez céntimos, ó sea una peseta.

¡Una peseta para seis hambrientos! Si no llegan á ir recomendados por el gobernador, se la piden á ellos.

Y no es que yo dude de que en las Asociaciones esas hagan obras de caridad, no. Lo que ignoro es á quién.

A los pobres ya veo que no es. ¡Caridad, caridad!... De cuántas infamias eres tapadera!

LOS CURAS SE ASOCIAN

No hay clase social que más se semeje á los periodistas en punto á solidaridad y compañerismo que los curas, y perdonen mis honorables compañeros la comparación.

Así como entre nosotros, en España sobre todo y de un modo especial en provincias, no existe tacto de codos, espíritu de asociación, montepíos, casas de retiro, jubilaciones para la vejez, etc., etc., lo mismo, aunque elevado al cubo, sucede entre los curas, que se odian mutuamente de un modo feroz, se desacreditan entre sí con saña inaudita y no hacen nada el uno por el otro aunque los maten.

Mentira parece que el sacerdote de una religión que se atribuye por fundador á Jesús, todo abnegación, sacrificio y amor hacia el prójimo, esté saturado de un espíritu tan anticaritativo y tan egoísta. Entre curas la palabra *amistad* carece de sentido; todos se prestan gustosos á ejercer el papel de espías y de delatores, por *sport*, por inclinación espontánea, y su mayor placer consiste en coger á un compañero en un *renuncio*, cuanto más gordo y ruidoso mejor; y si es de los que traen aparejada la deshonra y la ruina, entonces el regocijo no reconoce límites y se esponjan y se dicen entre sí, con la más cordial de las risas en los labios:—¿Has visto? ¿Te has enterado de la campanada que ha dado Fulano? Ahora sí que ya no se le vanta; ¡se ha hundido para siempre! Los que andan entre curas no me negarán lo exacto de estas afirmaciones, y los curas que me lean no podrán menos de exclamar:—¡Caray, y que bien nos conoce este fraile!

Preguntad á todos los curas perseguidos de dónde vienen sus tribulaciones y todos os contestarán á una: «Fuí la víctima de un

falso hermano que en vez de tapar mis lla, as las enconó con su traición. Fuí vendido por un traidor; me calumnió un compañero; me pusieron un lazo mis colegas, me prepararon una emboscada y se cebaron en mí como lobos.»

Y eso que hacen entre sí, también lo realizan con los laicos que caen en su trato y amistad. Los venden apenas se les presenta ocasión; penetran en su hogar con las disposiciones de un saltador, y unas veces se alzan con la fortuna, otras con el honor y siempre con la paz y la armonía, dejando tras sí un reguero de discordias, odios, desalientos y prevenciones que son signo indeleble de que por allí pasó un clérigo. ¡Cuántas familias que hoy son un montón de ruinas regadas con las lágrimas, deben sus desdichas á la imprudencia de haber admitido en su seno á personas eclesiásticas!

Dos curas juntos no caben en ninguna parte. Ved lo que pasa en las catedrales, en las parroquias, en los seminarios, palacios episcopales, hospitales y conventos de monjas. Los canónigos se odian entre sí de muerte, los curas dicen pestes unos de otros, los catedráticos se desacreditan mutuamente, los familiares de Su Ilustrísima se disputan el favoritismo á fuerza de intrigas y calumnias, los enfermos se mueren sin sacramentos mientras los clérigos disputan entre sí y ventan á insulto limpio las benevolencias de la Superiora ó los obsequios de sor Fulana, y los capellanes de monasterios acuden á las bajezas más lamentables para desembarazarse unos de otros y quedarse por únicos señores de aquellos gineceos sagrados. Todo esto era secular, legendario, nació con la Iglesia, que no sabe formar á sus curas de otro modo mejor, y parecía que duraría lo que ella. Y, sin embargo, lector, ya ves cómo *cambean* los tiempos; los curas han comenzado á asociarse, han fundado Montepío y sueñan con pensiones para la vejez, casas de retiro, etcétera.

La obra, que por extraordinaria ha llamado la atención á todos los católicos, se ha iniciado en Madrid, cuyo obispo, con su *mirada de águila*, como ha dicho A B C, ha comprendido las dificultades de la empresa, pues el clero es en absoluto refractario á estas Asociaciones, en las cuales ve un lazo y no una obra de altruismo, como aquellos campesinos que nos describe Tolstoi, que recelaban de los señores que les regalaban terrenos. ¡Tan hechos estaban á la servidumbre!

Como cosa de curas no podía faltar el que asomara la oreja el odio á la mujer y el despotismo episcopal, y en el reglamento se establece que los clérigos atacados de enfermedades secretas y los *suspensos* no tendrán derecho á socorro alguno. Por lo visto, las tendencias eclesiásticas modernas son desaterrar á las tradicionales y clásicas *amas* de los hogares clericales y sustituirlas por efébos; política italo-vaticana á todo trapo.

Al clérigo perseguido por la saña episcopal que no halla salida ni escape por lado alguno, sitiado por hambre, que es la domadora más eficaz de voluntades inflexibles.

De todos modos, conste que los curas se *asocian*. ¿No podríamos imitarles los jornaleros de la pluma?

FRAY GERUNDIO

Como no hay cementerio civil en Nava de la Asunción (Segovia) al morir Ulpiano Martín Ramos fué enterrado á orillas de la tapia de una ermita. Y esto por que los vecinos, al ver que pasaron tres días sin sepultar el cadáver, protestaron ante el alcalde del acto inhumano del párroco, un tal Zorrilla.

Tienen razón los clericales y los socialistas de Pablo Iglesias. Realmente esto no es clericalismo todavía.

Hasta que no veamos á los perros comiéndose por las calles los cadáveres que los curas se nieguen á enterrar, no podremos decir con razón que el clericalismo domina.

PROFETA JOCOSO

¡Pero lo que se ríe el público que acude á la Iglesia de Arrecife! (Canarias).

En cuanto el cura sube al púlpito, anuncia la proximidad de un terremoto en términos tan tremebundamente chabacanos, que sueltan todos la carcajada.

En cambio los chicos de las escuelas públicas, á quienes se les lleva en manada, se asustan, sin que las autoridades prohiban el espectáculo cómico-macabro.

No le hagáis caso, niños que tenéis unos padres tan zoquetes que permiten que vayáis á oír tanta divina barbaridad; todo eso que el cura dice es para amedrentar á las gentes á fin de que le suelten cuartos.

Si él creyera que iba á sobrevenir un terremoto, ya habría abandonado la isla. Estiman mucho todos los de su clase su grosera y grasienta zalea.

RIOTINTO

EXPLOSIÓN DE AGRAVIOS

Exposición de agravios. — ¡Yo, abogado!... Las venganzas de la Compañía. — Si no quiere vivir ahí, márchese al campo. — Humanidad inglesa. — Guerra a los comerciantes. — ¿Tiene vergüenza Menéndez Pallarés?

No hay como preguntar poco y tener alerta el oído para informarse de lo que en Riotinto sucede. El mucho preguntar despierta recelos y obliga a enmudecer; pero como las conversaciones versan en todas partes sobre cosas de la localidad, basta con que el curioso tenga paciencia para satisfacer buenamente sus deseos. Las frases de protesta no tardarán en brotar de los labios, tímidamente al principio, por miedo de que alguno de los infinitos espías denuncie al hablador; franca y audazmente en cuanto los reunidos hacen confesión de sus agravios. Milagro será que irritación tan concentrada no estalle algún día con la fuerza de un barreno.

En la fonda se va a comer. Viajantes de comercio y empleados de las minas empiezan a sentarse en torno de la mesa. Los primeros manifiestan el descontento de quien ve quebrado su negocio. Los últimos deploran el desarreglo doméstico sobrevenido con el hundimiento y el doble gasto que les ha aportado; ellos, teniendo que pagar hospedaje en Riotinto, y sus familias dispersas por otros pueblos... De pronto, suspende sus quejas un empleado y mira con recelo:

—¿Escribe usted en periódicos?— me dice. Sobrecogido por la inesperada pregunta, estoy a punto de delatarme.

—Escribí hace años... cuando empecé la carrera... ¿Por qué lo pregunta?

—Se ha escrito en las oficinas de la Compañía que un periódico de Madrid iba a enviar un redactor... El redactor número mil, porque todo es venir periodistas, y no decir palabra. ¿Como usted no parece viajante?...

—En efecto: soy abogado.

—¿Abogado?... ¿Y qué negocio le trae por aquí?

—Ninguno. He hecho una excursión por Andalucía y voy a Portugal a pasar el verano. Encontrándome en Huelva no quise proseguir el viaje sin visitar la California del cobre, que tanto da que hablar.

Admitida mi disculpa, vuelve a generalizarse la charla, y la exposición de agravios ya no cesa mientras dura la comida. Ninguna promesa hecha por los representantes de la Compañía al ocurrir la catástrofe y estar encendida la ira ha tenido cabal cumplimiento. Los dueños de casas pidieron fuertes indemnizaciones por los daños sufridos; pero a mucho pedir... La Empresa enviaba a subordinados suyos para que evaluaran los edificios hundidos, y en lo que ellos los tasaban—mucho menos del justo valor—eso mismo abonaba ella. En vano era que los damnificados clamasen que sus casas valían más.

El director se encogía fríamente de hombros, y recomendaba que quien no estuviese conforme reclamase ante los Tribunales. ¡A los tribunales! Quizás alguno hubiese osado acudir a ellos; pero la amenaza, que tan bien sometido tiene al minero, pesa sobre los demás. El que protesta contra la Compañía tiene que salir con su familia, hasta sus más lejanos parientes, de la vasta región donde los ingleses ejercen despótico imperio. Así no hay clase independiente en Riotinto: los pocos individuos que vivían con las pingües rentas de sus casas y que por no ejercer cargo de la Compañía pudieran parecer autónomos, no lo eran en realidad más que los otros, pues si ellos no, algún allegado era trabajador, capataz, contratista o empleado, y la venganza que en él se realizase alcanzaría también a su deudo... Proprietario ha habido al que reputaban de rico por la renta de sus veinte casas, y al fulminarlas todas el hundimiento, se ha visto que su capital consistía en el puñado de cuartos con que le indemnizó la Compañía. El destino de su hijo y de otros parientes le compensa de la falta. ¡Reclamar ante los Tribunales! La influencia de los enemigos es tanta, que sobre perder los empleos, teme perder el tiempo y el dinero que le queda... Pero éste todavía ha cobrado; otros...

—¿Se ha fijado en la casa de enfrente?— me pregunta uno.

—Sí; amenaza inminente ruina. Es una temeridad vivir en ella.

—Pues por dentro está peor. Los puntales han evitado su derrumbamiento; pero no haya miedo, se derrumbará. Los dueños, que la habitan, han querido trasladarse; pero en Riotinto no hay cuarto desahogado. Han dicho a la Compañía que la justiprecie y tome posesión de ella para marcharse con el dinero lejos de esta tierra... La Compañía les dice desdeñosa que sigan habitándola o que se instalen en lo ancho del campo si tanto temen el morir vestidos... ¿Y se resignan?

—Tienen que resignarse, lo mismo que el vecino de más arriba, el de la casa que hace rincón. En peores condiciones se halla ésta; pero como pertenece a la Compañía, para retrasar algún tiempo la caída ha exigido a un modesto empleado que desaloje la casa donde vivía en lo alto de la Mesa y que se instale en la ruinosa

—Pero eso es inhumano!

—¡Bah!... Estos ingleses son así. Nos tratan como a seres inferiores y nuestras villas poco les importa. Están acostumbrados a matar hombres en las horribles contraminas y no van a sentir escrúpulos por algunos muertos más o menos.

—¿Y no hay defensa?

—Ninguna absolutamente. Aquí todos tenemos que tascar el freno o abandonar nuestra manera de vivir y marcharnos lejos; pero esto no es fácil cuando se tiene familia. Mejor que nosotros podrían resistir los comerciantes, y éstos también tienen que callar. Al que protestase le declararían el *boycottage*, como ya ha ocurrido; los ingenieros se entenderían con los capataces, éstos amenazarían con la expulsión al minero que comprase en el comercio proscripto, y su ruina sería súbita.

—Aunque por otros caminos, a eso mismo se va—murmura un viajante.—Los almacenes de la Compañía hacen a los demás establecimientos una guerra implacable. Aquellos compran al contado, no tienen que pagar subidos alquileres, y exigen que todos los empleados se surtan de ellos. Dentro de poco, sólo la Compañía podrá vender.

—¿También con el hundimiento sufrirá el comercio?— me atrevo a preguntar.

—¡Figúrese!... Hubo que amontonar los géneros en la calle; arrendar estrechos locales a precios exorbitantes y atestarlos de cualquier manera. Por falta de sitio muchos artículos se estropearon y otros están haciéndose sin poderse exponer al comprador. También la Compañía sufrió la ruina de sus almacenes, instalados en la planta baja del Ayuntamiento; pero, como para ella no hay dificultades, mandó construir en seguida un soberbio edificio, donde todo lo tiene en orden, mientras los géneros del comercio ajeno se pudren...

Otro viajante le interrumpe burlón:

—Perdone usted, compañero... Ya sabrá que la Compañía mostró interés por un cliente nuestro.

—Es verdad; pero como es un desagradecido, anda ahora empeñado en un pleito con la Compañía. Es el único que se ha atrevido contra ella.

Como nuestro alguna curiosidad por conocer el caso, el viajante dice, y los demás asienten con la cabeza:

—Tan segura está la Compañía de hacer su capricho, que ni siquiera respeta el domicilio ajeno. El establecimiento de nuestro cliente quedó tan mal parado en el hundimiento, que cerró sus puertas. El director de la Compañía dispuso entonces que por una ventana se sacasen los géneros y se trasladasen a sus almacenes...

—¿Sin permiso del dueño?...

—Sin permiso de nadie. El dueño protestó al ver que le vendían sus géneros. El director dijo a los dependientes que les fijasen precio—como se había hecho antes con las casas,—y las cuentas fueron tan galanas, que nuestro cliente no quiso aceptar las escasas monedas que le ofrecían. —¡Pues que acuda a los Tribunales!—dijo el soberbio representante de la Compañía.

Y como el caso es tan grave, que los Tribunales no podrán por monos de reconocer la evidencia, a ellos ha acudido nuestro amigo en busca de reparación... Siendo usted abogado, quizás conozca al defensor.

—¿Cómo se llama?

—Menéndez Pallarés.

—Le conozco bastante.

—Dicen que tiene talento.

—Es verdad.

Un empleado interviene ahora con sonrisa escéptica.

—¿Y vergüenza?

—También.

—¿Cree usted que no se venderá a la Compañía?

—¿Menéndez Pallarés?... Imposible...

Creo que en los ojos del empleado brilla un relámpago de alegría.

M. GIGES APARICIO

REMEMBRANZA

Aún faltaban algunos lustros, dos siglos largos, para que Enrique IV de Alemania, por fuerza, fuera a Cannosa con cilicio y sayal de penitente. Dígalos la carta del rey Carlos el Calvo al Papa Adriano. Sostenía éste que la deposición de un obispo hecha por un Concilio era nula, porque el acusado había interpuesto apelación a la Santa Sede, y exigía que el obispo depuesto fuese a Roma para ser allí juzgado. Era un asunto eclesiástico en que al parecer sólo se trataba del poder espiritual. Pues oigamos la respuesta de Carlos el Calvo al Pontífice:

«Nos escribís cartas inconvenientes que deshonran al poder real, y nos enviáis órdenes que no se avienen a la modestia de un obispo; además nos llenáis de injurias y de ultrajes. Pues ya es tiempo de enseñaros que, aunque sujetos a las pasiones humanas, conservamos el sentimiento de la dignidad real que nos han legado nuestros antecesores. Decís: *Queremos y mandamos que Hincmaro de Laon venga a Roma a nuestra presencia y apoyado por vuestra autoridad*. Quisiéramos saber dónde ha encontrado el autor de esa epístola, que un rey, obligado a corregir a los delincuentes

y a castigar los delitos, tenga que enviar a Roma a un culpable juzgado y condenado en reglas de justicia. Nosotros los reyes de Francia, nacidos de estirpe real, jamás hemos pasado por ser tenientes de los obispos, sino señores de la tierra. Dios ha establecido los reyes y los emperadores para mandar y no para ser los servidores de los papas. Si consultáis los archivos de vuestros predecesores, hallaréis que jamás han escrito a los nuestros como acabáis de escribirnos. Os ruego que no enviéis tales cartas, para que podamos siempre teneros el respeto que os es debido.»

¿Lanzó Adriano sus rayos contra el temerario que empleaba con él un lenguaje tan irrespetuoso? Al contrario, el Papa dió una respuesta humilde y afectuosa al rey francés.

Aún no había llegado la plenitud de los tiempos esplendorosos del Vaticano. Los Gregorios, los Inocencios y los Bonifacios vendrán después a deponer reyes y a dar a besar la sandalia a los emperadores.

Uno de tantos

A los que me preguntan desde Villalvilla si tengo antecedentes de D. Cipriano Martínez, párroco que padecen, sólo puedo decirles que en Pozalnuovo se portó regularcillamente, y que, por lo tanto, se alegraron mucho sus feligreses cuando se fué.

Lo que principalmente determinó su marcha fué esto, ocurrido allá a primeros de Junio último.

Se puso gravemente enfermo un vecino; buscóse al cura en su casa para que fuese a administrarle los sacramentos; no estaba; se inquirió; no pareció; el sacristán tocó las campanas... Nada. Acude el vecindario a la iglesia; esperan una hora, dos, y mi buen cura sin presentarse. Echanse a cazarlo, y por fin lo hallan. ¿Dónde? En casa de una viuda, que tenía una hija de diez y siete años, con la que a él le gustaba departir a pesar de sus setenta años. La casa está pegada a la iglesia, y por eso sin duda no oyó las campanas.

Lo sacan de la casa de la joven poco menos que a empujones y en medio de la más espantosa gritería; se mete en la suya, diciendo que no puede ir a despachar al enfermo porque está indispuerto; llaman al de Villar del Campo, pueblo inmediato, y cuando llega, el enfermo había presentado la dimisión.

Por esto únicamente salió de Pozalnuovo; y como esto, tratándose de curas, es usual y corriente, no creo que sus feligreses de Villalvilla deban inquietarse. Bien mirado, cualquier otro que fuese obraría lo mismo, aunque en la forma variara. Los curas vienen a ser iguales todos en ciertos puntos, grado más, grado menos. La clase no da más de sí.

Pensando en el porvenir

Tiene razón D. Sixto, párroco de Santa Lucía (Santander). ¿Cómo ha de producir los mismos efectos espirituales un entierro de primera que otro de segunda?

Si nadie pretendiera que por 25 céntimos le diesen más lentejas que por 50, ¿por qué ha de pensar tampoco que un entierro de segunda lleve ajenas las mismas indulgencias que uno de primera?

Por eso me parece admirablemente lo que propuso, de que se concediese a los párrocos el derecho de fijar la clase de entierro que a todo fiel cristiano corresponde, con arreglo a los posibles de su familia. Y la que se niegue al pago, a la cárcel, añado yo. ¿No condena ella sin ningún escrúpulo a su deudo al Purgatorio por más siglos que los que debiera estar, sin otra razón que la tacañería?

Lo que no creo es que, como también dijo desde el púlpito, Dios no perdona al que no entierra a sus muertos con toda solemnidad; me parece un poco fuerte eso. Pero, en fin, misterios mayores tiene la Santa Madre Iglesia que los fieles se tragan cándidamente.

De los que nada dijo, fué de los pobres, que son enterrados casi de balde, o de balde del todo; pero sentada la teoría de que a más dinero más indulgencias, ¡compadecemos al que caiga en el Purgatorio! no lo sacan ni con forceps.

Aconsejo, por lo tanto, a mis lectores que se procuren dinero para un entierro de primera, aunque sea robando; de lo contrario, van a estar en el Purgatorio una temporada de siglos, aun habiendo sido en la tierra modelo de todas las virtudes cristianas.

Hay que asegurarse el porvenir

Ironía

Peragalla, que se moría de hambre, se presentó en la Comisaría.

—Soy el autor del crimen de la calle Michel—dijo al comisario.—Penetré en la por-

tería a las doce de la noche, sueté con una mano a la portera y con la otra fracturé el armario de luna.

Lo llevaron al calabozo.

Al día siguiente el comisario, que no se deja engañar fácilmente, llamó a Peragalla y le dijo:

—Eres un farsante; no has cometido el crimen, pues la víctima es un hombre que vive en el quinto piso y que no tiene armario de luna. Además, el crimen se cometió a las doce del día. ¿Por qué mentistes?

—Porque tenía hambre y quería hallar albergue en alguna de esas hermosas cárceles donde se duerme cómodamente y no se come mal.

—Ya, ya—replicó el comisario,—intentas colocarte como si fueras un criminal legítimo; eso es una verdadera estafa. Lárgate y que no te vuelva a ver. Peragalla se fué.

Dos días después, aguijoneado por el hambre, pensó:

—Puesto que es indispensable merecer la cárcel para obtenerla, vamos allá.

Se emboscó en la carretera de Saint Denis. Hacia las doce de la noche un señor, cubierto con un hermoso abrigo de pieles, pasó por allí: guiaba un elegante carruaje. Peragalla saltó al estribo y hundió la acerada hoja de un puñal en el vientre del burgués. Registró sus bolsillos y halló una cartera repleta de billetes de Banco. Peragalla era honrado. Y no tocó los billetes.

Al día siguiente se presentó ante el comisario y, mostrándole la cartera, se confesó autor del crimen.

—Aquí estoy—dijo—y esta vez va de veras. Yo soy quien ha matado a un hombre en la carretera de Saint Denis. He aquí su dinero: no falta un solo billete.

—Por lo visto es en ti una idea fija—le contestó el comisario.—¿De manera que cada vez que se cometa un crimen piensas presentarte y embrollar a la policía? Han detenido al autor del crimen de Saint Denis. Llegas demasiado tarde. ¡Guardias! Echad a ese hombre a la calle.

Peragalla se retiró.

Y ahora vive tranquilamente del producto de sus crímenes.

Efectos de las aguas

del río Tinto en los solpedos

Sabido es que desde fecha bastante remota, las aguas del río Tinto son impropias para el abrevadero de ganados a consecuencia de encontrarse sumamente saturadas de principios minerales, entre ellos el sulfato de hierro y otros ácidos sulfurosos; pero en la actualidad han llegado a tal grado de exageración las propiedades corrosivas de las mismas, que constituyen un serio peligro para la higiene de los animales que con más o menos frecuencia necesitan vadear dicho río.

En efecto, antes de la enajenación por el Estado de las famosas y ricas minas de Riotinto, como el trabajo de la minería propiamente dicha se efectuaba en pequeña escala, la metalurgia se desarrollaba de un modo rudimentario y proporcionado a aquella; pero al hacerse cargo la actual Compañía inglesa del referido establecimiento minero, é implantar los modernos sistemas de labores, ha resultado como consecuencia obligada, que las aguas potables y dulces del antiguo Urión, que tiene su origen en la misma zona de explotación de minerales, se han convertido de doradas é inofensivas, en verdinegras, fétidas y productoras de accidentes morbosos para toda clase de animales, sin que el agricultor pueda utilizarlas tampoco en el riego de sus campos.

Ya pudo observarse años pasados, al practicar una derivación de aguas del citado río para utilizarla como fuerza motriz en un molino harinero, que toda la vegetación de la zona comprendida entre el cauce de desviación y el del río, desapareció en pocos meses marchita y seca a consecuencias del riego que indirectamente se le proporcionó debido a las filtraciones del terreno, sucumbiendo, lo mismo la secular encina que el aromático romero, el añoso acebuche que las hierbas anuales, sin que haya vuelto a aparecer el más pequeño vestigio de su primitiva y variada flora. Unas cuantas cabras que acosadas por el sol canicular se vieron obligadas a probar el agua, abortaron a las pocas horas, muriendo algunas de ellas víctimas de una verdadera intoxicación.

Concretándonos a las caballerías que efectúan el transporte de mercancías entre esta villa y la estación de su nombre, son de notar los siguientes efectos: cuando uno de estos animales ha pasado por el río cuatro ó seis veces, según la estación, pues en invierno y primavera, por estar las aguas en cuestión muy mezcladas con las de lluvia, se encuentran algo atenuadas sus propiedades cáusticas, se observa en la región llamada cuartilla una pequeña tumefacción con aumento de temperatura, erizamiento del pelo, dolor al tacto y claudicación poco acentuada del bípedo posterior, por el que

siempre da comienzo el proceso morboso. Si el animal no vuelve a mojarse, los síntomas enumerados van desapareciendo paulatinamente y al cabo de una semana se encuentra restablecido; pero cuando el arriero obliga a su ganado a vadear el río por muchos días consecutivos y repetidas veces cada día, por exigirle así su tráfico, acarreo de leñas, carbones, arena, guijarros, etc., etc., entonces varía de aspecto la cuestión: el acudado se señalaba anteriormente, que sólo acusaba una irritación pasajera localizada en la parte inferior de las extremidades, se acentúa de modo alarmante, aparecen pequeñas vesículas en la parte posterior de la cuartilla que no tardan en romperse dando salida a un líquido viscoso que reune el pelo en mechones, se desenvuelve la fiebre local, y en algunos individuos muy irritables la general, el animal se pone triste y abatido, pierde el apetito, cojea de los cuatro remos a la vez, hasta que se forma una profunda grieta transversal en la región citada de bordes rojos y gruesos que inutiliza al animal por algunas semanas, habiendo necesidad de acudir a los medios farmacológicos para obtener su curación.

Como al volver al trabajo han de repetirse los mismos fenómenos, puesto que la causa es permanente e inevitable, resulta que aquellos animales que están sometidos de un modo habitual a tan perniciosas tareas, van perdiendo poco a poco la esbeltez y flexibilidad de los remos, la depilación se hace completa, la piel adquiere un tinte grisáceo poniéndose callosa, abotargada e insensible, y sobrevienen otros efectos de mayor consideración, entre ellos el desarrollo del casco y la anquilosis de la corona que arruinan al animal inutilizándole para toda clase de faenas.

Y preguntarán algunos cándidos: ¿es posible que las autoridades consientan que las aguas de un río de más de 80 kilómetros de curso se infecten en esa forma, con notorio perjuicio de la riqueza agrícola y pecuaria de unos cuantos pueblos, sin que se obligue a la empresa explotadora cuando menos a construir puentes económicos en los sitios más urgentes? ¿Es que no hay en nuestra legislación una ley protectora de tan respetables intereses, que impida tales desahucios y armonice en lo posible tan, al parecer, encontrados ramos de producción y riqueza? Y los damnificados en sus predios ó semovientes ¿por qué no acuden al gobernador ó otra autoridad competente en demanda de una reparación de daños y perjuicios?

Pues sencillamente porque estos abusos se perpetran en la provincia de Huelva, que alguien ha llamado despectivamente de la sardina, abusos que a buen seguro no determinarían Cataluña ni Valencia, ni aun determinadas provincias de la región andaluza.

Como muestra del caso que hace la citada compañía de Riotinto de los clamores de la pública opinión y pretensiones de este vecindario, expongo a la consideración del paciente lector el siguiente detalle. Repetidas veces en el transcurso de veinte años, vieno gestionando esta villa del director de la empresa (que por cierto goza fama de espléndida entre nosotros) la construcción de un puente en la estación de Berrocal, contribuyendo los vecinos a dicha obra con la mayor parte de los materiales y mano de obra, con la cual resultaría tan beneficiada la Compañía como el pueblo mismo, y siempre ha contestado el muy digno director, haciendo alarde de la munificencia y esplendor de la Compañía el tan deseado puente entre la estación y el pueblo, tan suntuoso y arrogante y con tal lujo de detalles, que al contemplarlo entraban deseos de glosar al poeta:

Tenéis una hermosa puente
con esperanza de río.

Era un puente monóculo (si se me permite la figura) de graníticos sillares y del más puro estilo churrigueresco. Sobre su férreo coronamiento parecía esfumarse simbólico grupo en el que la Arquitectura y la Hidráulica se disputaban el honor de ceñir la corona al ingeniero constructor.

Era un plácido día de otoño. Muy de mañana, el pueblo en masa se aprestaba para asistir a la inauguración de aquella obra de arte objeto de nuestros anhelos, *causa nostra letitia* y colocar la broncínea inscripción que eternizara nuestra impercedera gratitud.

Desde el empujorotado aristócrata de elegante frac y almidonada pechera hasta el último rufián de tufos y alpargatas, lo mismo a linajada dama que la emperifollada *melegilda*, todos bullían por las calles en abigarrada confusión ávidos de emprender la marcha. Todos los medios de locomoción eran aceptables, unos sobre brioso alazán, otros sobre escuálido jumento, quién en automóvil, quién en bicicleta y la inmensa mayoría a pie.

Por aclamación y sin que hubiese una ola no discordante se tomó la determinación de sustituir el nombre de la plaza principal del pueblo por el del director de las minas.

Previamente y para dar mayor fasto- si-

dad al acto habían sido invitados el diputado por el distrito, varios periodistas y dos títulos de Castilla hijos de la localidad, por lo cual se susurraba que al finalizar el acto habría discursos, champagne y habanos.

Suena por fin la hora determinada y entre repique de campanas, los acordes de la charanga y los estampidos de las voladoras, se pone en marcha aquella avalancha humana.

Pero ¡oh desencanto! Al dar vista al río nos encontramos que un chubasco que descargó por la madrugada se había llevado el puente arrancándolo de cuajo, agudándonos la fiesta y privándonos de admirar la novena maravilla.

ANTONIO ARENAS
Delegado de «El Fénix Agrícola»
Berrocal y Marzo de 1909.

Los hombres fuertes

¡Vivan los espíritus fuertes, los hombres valerosos que sirven a la verdad, a la justicia, a la belleza!

Nosotros no los conocemos, porque nosotros y no aspiran a ser premiados; nosotros no vemos con qué alegría dan todas las llamas de su corazón. Irradian sobre la vida ardientes rayos y dan luz a los ciegos. Si, es necesario que todos los hombres reconozcan con horror cuán infausta y horrible es su vida.

¡Viva el hombre que sabe ser señor de sus deseos! Todo el mundo vive en su corazón; todos los dolores, todos los sufrimientos de los hombres se presentan en su alma. El mal, la mentira, la crueldad son sus enemigos. El, ardiente y generoso, vida está repleta de alegrías sublimes, de nobles convicciones...

El sacrificio de sí mismo: esta es la más bella soberbia sobre la tierra. ¡Viva el hombre que sabe sacrificarse a sí mismo!

No hay más que dos formas de vida: poder o quemarse. Los viles, los egoístas, escogen la primera; los valientes, los generosos, la segunda.

Los que sienten el amor de lo bello, sabrán dónde buscar el esplendor de la grandeza. Huera y desoladas son las horas de la vida que el péndulo señala.

¡Arriba, pues! Llenémosla de nobles acciones, sacrificiémonos y haremos su transformación en horas magníficas llenas de alturas; grandezas, de ardiente orgullo.

¡Viva el señor de sus deseos que sabe sacrificarse a sí mismo!

MÁXIMO GORKI

Las Compañías de Ferrocarriles

VIII

¿DÓNDE ESTÁN LOS PODERES PÚBLICOS? ¿DÓNDE ESTÁ EL PAÍS?

No parecen por parte alguna; y voy temiéndolos que tampoco van a encontrarse los republicanos honrados, dignos y valerosos, y los hombres de bien de todos los partidos, a quienes puedan aplicarse los mismos calificativos. Y si ahora no salen a defender su pan, ¿cuándo saldrán de su escondite?

Digo esto porque el Sr. Martínez repartió gratuitamente su folleto, enviándolo por correo en paquetes certificados, acompañando a cada paquete la carta-circular impresa, que copio a continuación; y han sido contadas las corporaciones que se han dignado acusarle recibo, y tres, solamente las que le han felicitado por su admirable y patriótico trabajo y le han ofrecido su apoyo y concurso decididos.

He aquí la circular:

«Sr... Muy señor mío y de mi distinguida consideración: Por correo de hoy y en paquete certificado, envío a usted... ejemplares de mi trabajo *El Estado y las Compañías de ferrocarriles*, del que hago igual folleto a todas las Diputaciones provinciales, Cámaras de Comercio y Agrícolas de la Península, Islas Baleares y Canarias.

«El fin que me propongo con esta propaganda, hecho a mis expensas, sin ayuda de ningún género de nadie, es el de conseguir la unión, en un esfuerzo y acción común de los principales elementos y fuerzas intelectuales, productoras y trabajadoras agrícolas, industriales y comerciales de la nación, con objeto de poder contrarrestar y vencer cuantas resistencias puedan oponerse a la grande obra de redención, dignificación y engrandecimiento de la patria, que va envuelta en la trascendental *Cuestión ferroviaria*, cuya resolución no admite ya la menor demora.

«El reparto del folleto en toda España y en Madrid, donde se extenderá a mayor número de corporaciones y personalidades y a la Prensa, principalmente, quedará terminado dentro de pocos días, y neceses se verá cuál es el fin que se persigue.

«Tratándose de asunto tan eminentemente nacional, y en que es, por consiguiente, de necesidad y obligación el concurso de todos los buenos españoles, no creo habrá de faltarle el de esa corporación.»

En el mes de Julio último, es decir, hace ocho meses, quedó hecho el reparto del folleto a las corporaciones indicadas y a la Prensa de Madrid, y como digo antes, de las Diputaciones y Cámaras fueron pocas las que acusaron recibo y menos todavía las que prometieron ayudar al autor del folleto en la campaña de redención, dignificación y engrandecimiento de la patria, que se proponía realizar.

Diputaciones y Cámaras de Comercio y Agrícolas, son corporaciones oficiales; pero, aun así, ¿de tal modo coarta su libertad de acción esa circunstancia, que ni para acudir al poder público pidiéndole que exija la entrega de las vías férreas y de los miles de millones de pesetas que el Sr. Martínez prueba que se nos han escamoteado y robado, se creen autorizadas y obligadas? ¿Es que no han comprendido toda la inmensa importancia de la cuestión planteada por dicho señor en su folleto, que tan claramente expuesta está en él y en la circular? Pues entonces, ¿de qué entenderán y para qué sirven a la nación las Diputaciones provinciales, las Cámaras Agrícolas y las Cámaras de Comercio?

El silencio unánime de los periódicos de Madrid aún es más difícil de explicar.

Y Pablo Iglesias y otros jefes y subjefes de los santuarios y ermitas del socialismo, que me consta que han recibido el folleto, ¿por qué callan también? No será porque la cuestión interesa sólo a los *burgueses*, porque quien sufre las consecuencias de las grandes estafas, de los grandes latrocinios de los lindeos-ferroviarios, y la retención de las líneas en su poder, no son los *burgueses* sino la nación entera, y principalmente las clases trabajadoras del campo, de las obras y del taller ó intelectuales, que son el último mono en las sociedades de hoy, como en las de ayer, y de consiguiente el que se ahoga, el que vive aquí muriendo de hambre, ó emigra, para tener el mismo miserable fin en país extranjero.

En el próximo número terminarán los artículos dedicados al folleto del Sr. Martínez, con la publicación de la circular que dirigí a los consules extranjeros, enviándoles su trabajo, que ha sido mucho mejor comprendido y más estudiado y apreciado que en España, en todas las demás naciones.

NO CREO EN DIOS

En la Sección de Tribunales de *El País*, y leyendo el extracto de un juicio por jurados, me entero de un caso tan nuevo como simpático.

Un alcalde, el de Colmenar de Oreja, al deponer como testigo, contesta al presidente de la Sala cuando éste le manda que jure en nombre de Dios decir verdad en lo que fuere preguntado:

—No creo en Dios, y mal puedo jurar por una cosa en que no creo.

—Pues la Ley le obliga a jurar—dice el presidente.

—Entonces, si la Ley me obliga, juro—dice el testigo.

¿Verdad, lectores, que este alcalde es una excepción de la generalidad de esos monterillas, hechura de caciques, que privan en casi todos los pueblos rurales?

No es el primer caso en que la Ley obliga a un ciudadano a violentar su conciencia; pero en éste es más de notar la respuesta negativa, por haberla dado una autoridad.

Bien por el alcalde de Colmenar de Oreja, a quien saluda y abraza *in mente* uno que opina como él.

J. A.

REMITIDO

Sr. D. José Nakens.

Nuestro querido amigo: Molestamos a usted enviándole copia de la carta que dirigimos con esta fecha al director de *El Socialista*, contestando al sueto que publicó el día 5, para que rectifique los gratuitos conceptos que nos ha regalado a los republicanos de aquí, al dejarse ir por las corrientes de chismes y cuentos que sólo merecen la risa y el desprecio de los que, conociendo las arteras armas esgrimidas por bastardas intenciones, así obran por la espalda y a la sombra; esperando que usted dé cabida en *El Motín* a dicha carta, por sí la de sustituir el Órgano central del Partido obrero.

Lo que en Loja sucede, es lo mismo que sucede en la generalidad de los pueblos de España; hay frialdad, descreimiento y desconfianza, que se fundan naturalmente en las grandes decepciones sufridas de los jefes para llevarnos al triunfo de la república. Y el avivarse éstas, no obstante, poderosas fuerzas—latentes en esta población de veintemil almas—dependen de las circunstancias propias de una nueva, formal, vigorosa y revolucionaria organización, que será entonces secundada con igual entusiasmo que siempre por los hijos de aquellos republicanos que, yendo a la vanguardia defendieron y sacrificaron aquí por sus ideas los intereses y sus vidas.

Los que, sumándose con la reacción obscurantista, aceptan aquello de que: «Todos los medios son buenos para llegar al fin», serán barridos por los torrentes de luz que

irradiará por todas partes la ley del progreso.

Desean a usted salud, revolución y república con librepensamiento, sus afectísimos y entusiastas amigos,

RAFAEL DEL ROSAL.—JOSÉ CORTÉS.—ELADIO CALLE.—FRANCISCO RUBIO DE LA CALLE.

Loja 17 Marzo 9.9.

Señor director de *El Socialista*.

Muy señor nuestro: En el semanario de su digna dirección correspondiente al día 5 del corriente mes y año, aparece un sueto con el epígrafe *De Loja*, que nos interesa rectificar.

Una vez que la Junta republicana de esta localidad tuvo conocimiento del sueto a que aludimos, convocó a una reunión para pedir explicaciones, a la que concurrió todo el partido socialista y una comisión de la referida Junta; y hechas las declaraciones por el autor del sueto, resultó que las molestias sufridas por el partido socialista habían partido de ciertas personalidades republicanas efecto de cuestiones intrínsecas: no había sido su intención dirigirse al republicanismo de esta ciudad para molestarle con las palabras despectivas que hay en dicho sueto, y que habían sido, sin duda, añadidas por esa redacción.

Verá usted, señor director, por lo anteriormente dicho, que hay en esto cosas tomadas del *arroyo* y otras que no ha dicho el comunicante y que pugnan con la seriedad propia de los que sustentan y propagan la formación de un nuevo partido aquí.

Como nosotros entendemos, debe existir cordialidad en las relaciones que unán a republicanos y socialistas y una unión verdadera para combatir a la reacción por tratarse de ideas afines, y además para no quebrantar esta unión que aquí tenemos hecha hace años, aunque algunos se hayan separado de ella, siendo así que, cuando el partido obrero era mucho más potente que hoy es, jamás hubo reticencias, ni discrepancia alguna por parte de ninguna de estas entidades.

Por lo que esta Comisión ruega a usted rectifique en lo que corresponde el referido sueto, como lo espera y le anticipan gracias, quedando de usted muy atentos y seguros servidores q. b. s. m.

RAFAEL DEL ROSAL.—FRANCISCO RUBIO DE LA CALLE.—ELADIO CALLE.—JOSÉ CORTÉS

Loja 17 Marzo 19.9.

Administrador modelo

Las ánimas benditas son la preocupación constante del cura de Ontaneda.

Ha mandado quitar los bancos de la iglesia. ¿Para qué dirán ustedes? Para que todo feligrés ó feligresa que quiera sentarse lleve banqueta ó tijeirilla, previo el pago anual de tres pesetas para las pobrecitas almas que gimen en el Purgatorio.

Lleva a tal punto su celo por lo que interesa a las ánimas, que un día, estando diciendo misa, oyó que en la sacristía andaban los monjes con el cepillo, y sin decir siquiera ¡ahí queda eso!, interrumpió la sagrada faena y corrió a ver lo que pasaba. Creyó sin duda que podían haber sustraído algunas pesetillas a las señoras cuyos intereses administra, y abandonó misal, vinajeras, cáliz, hostia, todo, en fin, para ir a evitarlo.

Admira en estos tiempos de general indiferencia ó de feroz egoísmo, en que cada cual mira solamente por sí, encontrar un hombre que de tal modo se desvive por los demás.

No, por más que lo neguemos en instantes de desaliento, hay todavía en el mundo seres excepcionales para quienes el sacrificio es el primero de los deberes.

El Ayuntamiento de Santander acordó por gran mayoría subvencionar varias escuelas, una de ellas laica, notable por la neutral y buena enseñanza que un competente profesor da a los niños. A mil pesetas ascendía esta subvención. El gobernador de la provincia ha anulado el acuerdo.

Pues no voten los concejales ni un céntimo para las escuelas católicas, y en paz.

Siguiéramos esta conducta en todo, y ya modificarían los clericales la suya.

Pero desgraciadamente suele ocurrir lo contrario.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

— FOR —
R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 a los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

SECCIÓN AMENA

¡BUEN PAGADOR!

(CUENTO DE TALLER)

De seguro que todo tipógrafo madrileño que anda por encima de los cuarenta años se acuerda de aquel Moraleda viejo y fuerte, un socialista que compendia sus ideales en esta máxima: «No hay tuyo ni mío; todo es nuestro».

¿Qué cajista maduro no recuerda aquella cabezota mal perjeñada; aquellas barbas vírgenes de peine; aquellos ojillos vivos, escondidos entre cejas enormes y ásperas; aquella pipa negra, rota y apesetosa, que salía de una boca desdentada, y, sobre todo, aquel apéndice nasal inverosímil, que, según el Sr. Luis el prensista—que presenciara de niño la ejecución de Riego—fué nariz capaz de enorgullecer a un senador romano?

Jamás hubo medio de que Moraleda dijera por qué el bello adorno se había convertido en estúpida plasta de carne. A las preguntas más categóricas y concretas respondía:

—Este leve desperfecto me lo produjo un accidente y... ¡hemos concluido!

Pero como todo se sabe, se supo también la misteriosa causa del «desperfecto».

Por cierta picardihuela, Moraleda, muy joven aún, emigró a París. Allí le pilló la revolución del 48, y en las jornadas de Junio peleó bravamente en una barricada del *Faubourg Saint-Antoine*. Una bala de Cavagnac fué la que le estropeó el físico.

Persona bien enterada relató el caso; y cuando un colega hizo saber a Moraleda que conocíamos la causa del desastre, se vió anonadado con un *rufilanchas*, vocablo que en sus labios era cifra y compendio de los peores insultos, de las más tremendas injurias.

Ocurrió que para cierta urgencia hubo de acudir a que le prestase cincuenta pesetas un respetable señor que hacía favores a peseta por duro, y ocurrió que al concluir la semana no llevó ni un céntimo de los doce duros que debía.

Pasaron semanas y más semanas, y Moraleda no pareció por casa del honorable prestamista, el cual le llevó a los tribunales.

Estudió el juez el asunto, oyó a las dos partes, se enteró de que Moraleda trabajaba en un periódico diario, y le condenó a pagar cinco pesetas semanales, y como el periódico era de la mañana y se cobraban los jornales en la madrugada del domingo, de cuatro a cinco, resolvió que la cantidad le fuese entregada al prestamista en su domicilio.

Cuando se conoció la sentencia no faltaron compañeros que le dieran broma a Moraleda.

—Bueno—contestó—esperaos hasta el domingo.

Llegó el sábado—un sábado de Enero, y a la hora de comenzar el periódico volvieron las bromas.

—Los que quieran ver quién es Pablo Moraleda, que le acompañen cuando concluyamos el periódico.

No pudimos sacarle del cuerpo una palabra más en toda la noche. A las cuatro y media estaba el número en máquina y nosotros con el jornal en el bolsillo.

—¡Luego, en cuanto te levantes, a pagar, Moraleda!

—¿Luego? ¡Ahora mismo! veníos conmigo y veréis si soy o no soy cumplidor de mis deberes y respetuoso con leyes y sentencias.

Bien envueltos en las capas, porque la noche era fría de veras, salimos a la calle, y casi sin cambiar palabra seguimos a Moraleda, que serio y grave marchaba ante nosotros. Llegamos a las calles de las Maldonatas y Moraleda se detuvo, y nosotros con él, ante una casa de buen aspecto.

—¡Serenos!—gritó.

La estupefacción fué general, porque todos sabíamos que vivía al final de la calle de la Arganzuela. Llegó el vigilante.

—¡Abra usted, que he de darle un recado urgentísimo a D. Dimas!

—¿A estas horas? Vuelva usted de día; yo no abro.

—Bueno, pediré el auxilio de la Delegación de policía.

Por fin el sereno se decidió a abrir, y dos de nosotros entramos con él y con Moraleda en el portal.

Llegamos al piso segundo, y después de tres ó cuatro campanillazos se abrió el ventanillo.

—¿Es algún telegrama?—preguntó una voz de mujer.

—No; es un señor que tiene que dar un recado urgentísimo a D. Dimas.

—Yo se lo daré.

—Ha de ser a él en persona—contestó Moraleda, en tono que no admitía réplica.

Al cuarto de hora se abrió la puerta y apareció un señor gordo, con cara asustada, tocado con un pañuelo y envuelto en una manta.

—¿Qué ocurre?

—Vengo a traerle las cinco pesetas, y no se olvide usted de respaldar el recibo. Por más que los señores son testigos de que las he entregado.

—¡Sinvergüenza! ¡Canalla! ¿No tiene usted otras horas de venir? ¿Le pareció a usted decente molestar a un hombre honrado y levantarlo de la cama en una noche como ésta? ¿No le basta a usted con ser un tramposo, sino que además viene a darme un disgusto y escandalizar la casa?

—Bueno; cuidado con los insultos, que tengo malas pulgas. El juez me ha mandado que todos los domingos después de cobrar le entregue a usted cinco pesetas, y aquí están. Estos pueden decirle a usted si no hace un momento que hemos cobrado.

—¿Podía usted venir a otra hora; esto es una burla indigna!

—Si llevo a mi casa con los cuartos no

podré pagar lo que le debo. ¡Hasta el domingo!

—¡Vaya usted enhoramala! ¡granuja!

—¡Que no tolero insultos de nadie y menos de usureros!

Un portazo, ruido de llaves y de cerrojos cortó la palabra a Moraleda.

El que, sin duda para no disgustar de nuevo a D. Dimas, no volvió a parecer por la calle de las Maldonatas.

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

LO BARATO ES CARO

Al año de fallecer

la pobre mujer de Antón

éste, por su salvación,

quiso misas ofrecer.

Fué a ver al cura primero,

á quien dijo ingenuamente

que era cristiano ferviente,

pero con poco dinero.

Dió esta explicación concisa

y tras de la explicación

el cura dijo:—Aquí, Antón,

cuesta ocho reales la misa.

Quedó Antón como el que ve

visiones, mas creyó feo

el entrar en regateo

y dijo:—Ya volveré.

Por si más ventaja hallaba

á la mañana siguiente

se fué a casa del teniente

a decir lo que pensaba.

En efecto, lo hizo así,

y sus propósitos buenos

contó poco más ó menos

lo mismo que contó allí,

y supo con alegría

que complaciente el teniente

por seis reales solamente

cada misa le daría.

La rebaja le agradó,

más quiso mayor ganancia

y á un pueblo sin importancia

cercano, se encaminó.

Nuestro devoto al momento

en el pueblecillo aquel

buscó al cura, dió con él

y le relató su intento.

El buen cura se ablandó

á sus súplicas sumisas,

y por ser varias las misas

á tres reales le cobró.

A muy poco de volver

Antón al propio lugar,

ya después de sufragar

las misas por su mujer,

muy amable y placentero

al señor cura encontró;

á aquel á quien consultó

sobre las misas, primero.

Tras un corriente cumplido

el cura á Antón dijo así:

—¿Y de aquellas misas, di,

tienes algo decidido?

—¡Pues si las dijeron ya!

—¿Dónde?—En el pueblo inmediato

—¿Por qué?—Por ser más barato...

—¿Cómo más barato? ¡Ca!

—¡A tres reales cada una!...

(El señor cura al oír

esto, no supo aducir

razón ni excusa ninguna).

—Ya ve usted, de éstas á aquellas...

—Pero estás en tus cabales?

—¿Cuánto has dicho?—¡A tres reales!

¡A tres!! ¡Así serán ellas!!

M. PERNÍ GARCÍA

Para una residencia de jesuitas necesitaban un cuadro de San Ignacio; pero andaban tan discordes en cuestión de indumentaria, que unos le querían con traje militar, otros de estudiante, y algunos con la sotana, faja y bonete con que generalmente se lo representa.

Un pintor con más hambre que un cesante se comprometió á hacer el trabajo dando gusto á todos, y al efecto pintó al santo metido en la cama, asomando sólo la cabeza entre sábanas, y al lado una percha con los tres uniformes causa de la discrepancia.

—¿Qué es esto?—le preguntaron al entregarse la obra.

—Pues muy sencillo—respondió.—Ahora está durmiendo; cuando se levante, ya escogerá la ropa que le dé la gana.

Un jesuita comía en casa de un gobernador de provincia, y tenía al lado á un coadjutor ó lego de la Compañía.

Este, que no estaba acostumbrado á manjares de gobernador ni á prácticas de urbanidad, mojaba tarugos de pan en las fuentes de salsa.

Indignado el jesuita, quiso corregir disimuladamente al hermano dándole con el pio por debajo de la mesa, pero tomó mala dirección y fué á dar en la canilla del gobernador, que exclamó dolorido:

—¡Caramba, padre! Tened cuidado, que no soy yo el que moje pan en la salsa.

Un labriego gallego muy amante del dinero se moría, y su familia llamó al confesor para que le preparase.

Llegó el cura, y al ver el estado grave del enfermo, dispuso darle en el acto la extremaunción.

Al pretender untarle la mano derecha abrió el moribundo los espantados ojos, fijólos en el padre, y con voz temblorosa, y apretando más el puño, le dijo: *Padre, unte fora, que xa ó entendo*.

Creía que el confesor trataba de abrirle la mano para quitarle unas monedas que en ella apretaba.

Los que lo presenciaron no supieron decir si lo dijo por avaricia ó por conocer imperfectamente la clase sacerdotal.

(FOLLETÓN 12.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR OFFENBACH

tivamente apellidados Palmer, Cepeda, Marín, Carbonell y Zabala, era de esperar que no habría nada malo de que no fuesen capaces contra España. Mas ya hemos dicho que todos ellos y otros habían caído en poder de las autoridades. Sólo que con tal habilidad tenían urdida la trama, y con tanta astucia supieron conducirse luego, que fué imposible á los tribunales sacar nada en limpio. Hubo jueces especiales, jueces relevados, jueces trasladados y enviados á España. No se omitió ni estímulo ni presión; nada se dejó de hacer para ayudar á la causa nacional. Todo fué en vano. La tremenda conjuración no parecía demostrada de ningún modo. Y así hubieran quedado las cosas á no ser por el cuerpo expedicionario y depósito de armas de que ya hemos hecho mención y de cuya existencia era precisamente el consul de España en Santhomas quien había dado noticia y conocimiento al mismo gobierno general de Puerto Rico.

Hubo, pues, que requerir de aquel consul el envío de tan fehacientes pruebas materiales y cuanto dato pudiese suministrar para facilitar la acción de la justicia, á cuyo objeto pasó á Santhomas un jefe militar debidamente comisionado é instruido. Llegó, en efecto, á Santhomas este jefe; avistóse con el consul, y

se quedó asombrado de toda la gravedad de aquel asunto.

El caso no era para menos. Expedición de hombres en realidad no había. Aquel consul, que tenía órdenes de Madrid de dar cuenta al gobernador general de la Isla de Cuba, donde constantemente se temía algo, de los cubanos sospechosos que fuesen á aquella isla danesa, tenía costumbre de noticiarlo también á la autoridad superior de Puerto Rico. Y como unas semanas antes había pasado por allí algún cubano, así lo había comunicado á ambos gobernadores generales. En punto á cuerpo expedicionario, esto era lo que había, ó, cuando menos esto era lo que aquel consul había noticiado.

En lo que toca al depósito de armas, el caso era muy diferente. Armas, verdad es, tampoco había; pero sí había pólvora, mucha pólvora, y, además de pólvora, dinamita, mucha dinamita; pavorosos, poderosos elementos de destrucción con los cuales los borinqueños de 1887... tenían tanto que ver como los sicilianos de 1282; pues tan terribles sustancias explosivas habían llegado á Santhomas con destino á las obras del canal de Panamá, en un barco alemán de donde un acreedor, embargándolas, las había sacado y depositado en lanchas. Y por lo que el consul de España había dado á Puerto Rico noticia de la existencia de este tremendo material en la isla danesa, era porque de la pólvora, que era muy buena y se vendía muy barata, la mitad había sido comprado el gobierno de Santo Domingo y á aquel funcionario español se le había ocurrido proponer la adquisición de la otra mitad al mismo gobernador general

de Puerto Rico, al cual sin duda alguien se había encargado de darle cuenta de la comunicación del consul con la misma fidelidad con que se la habían dado de los vivos del director de la alborada en Ponce. En esto vinieron á pasar el depósito y las vísperas.

El bueno del general fué quien, por el momento, pagó los vidrios rotos, porque fué llamado por telégrafo á España, aunque no mucho después se le dió otro puesto muy lucido; á los conjurados hubo, naturalmente, que echarlos á la calle; y de este lado del mar los señores del reino, y del otro los gansos del Capitolio siguieron haciendo de las suyas, aun cuando de trastada y broma como la que acabamos de referir no era fácil que se les presentase en mucho tiempo ocasión propicia.

Y para que el lector vea que, como al principio dijimos, aquellos isleños son también muy guasones, sepa que, una vez libres los conjurados, el Capitolio de Puerto Rico contó con un ganso más: el doctor Zavala, que no tardó mucho en ser nombrado alcalde de un pueblo chico, pero que se conoce que para él no era de mal tamaño.

CAPITULO VII

DE CÓMO SE LLEGÓ Á CREER QUE D. PRÁXEDES TENÍA UNA MASCOTA

La primera vez que el Sr. Sagasta entró en el poder bajo la misma dinastía que unos años antes tanto había él contribuido á derribar, fué viviendo y reinando el octavo Borbón; y su principal cuidado en el gobierno consistió en res-

tar adictos y auxiliares á su antiguo amigo y compañero de conspiraciones y rebeldías el Sr. Ruiz Zorrilla. Con qué frescura lo solía hacer, mostrarlo este incidente

Entre los militares que D. Manuel tenía á su devoción, había uno que, como con frecuencia sucede en España en estas cosas dada la fantástica imaginación de aquellos naturales, pasaba por terrible revolucionario y de quien, por tanto, las instituciones, la dinastía, el régimen creían que tenían mucho que temer. Y animoso, no dejaba de serlo, pero revolucionario temible... con decir que lo que le había dado fama de tal era haber ofrecido á D. Manuel ir por él á Génova con la escuadra, que aquel desconocido oficial de modesta graduación se prometía sublevar el efecto, ya comprenderá el lector que como conspirador práctico aquel amigo del Sr. Ruiz Zorrilla era más digno que de tentor, de lástima. Porque la escuadra, esto es, la Marina toda, se había sublevado, sí, diez años antes; mas para ello fué necesario, aparte de las favorabilísimas circunstancias en que todo el país se hallaba entonces, que acaudillasen el movimiento naval generales como Topete, héroe del Callao, jefes como Malcampo, héroe de Joló, y cuanta personalidad de valer y prestigio había en la Armada. Si el tal hubiese prometido á D. Manuel irle á buscar, no con la escuadra española sino con la inglesa, la fogosa ilusión é involuntario engaño no habrían sido más manifiestos, ni mayor el chasco del «emigrado» que efectivamente llegó á ir, inútilmente, á Génova.

A todo eso, el oficial de que se trata,

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

Queriendo vengar anteriores desastres, se entrega el canónigo Tristany en el Ampurdán a los actos más brutales y repugnantes; el robo, el saqueo, las violaciones, el incendio, cuantas crueldades y violencias se conocen—dice un historiador—eran practicadas por aquellos vándalos sedientos siempre de sangre. Sólo puede comprenderse el exceso de sus horribles crímenes, al ver que los mismos que simpatizaban con la causa carlista se tuvieron que armar, como todo el país, para defenderse de aquella manada de fieras.

Del producto de los robos hacía Tristany una parte para la junta carlista que en Cataluña representaba a don Carlos, y esta junta, que llegó a contar en su seno a arzobispos, canónigos y otras dignidades, lejos de desaprobado, «dispensaba, alababa y toleraba» las infamias de aquel bandido. En cambio, esta santa junta hizo cargos al general carlista Urbiztondo, porque éste, en dos alocuciones dirigidas a los carlistas que peleaban a sus órdenes, «no nombraba a Dios ni a su adorable Providencia—textual—palabras muy gratas al más católico de los reyes y a su religioso ejército, y en cambio se hablaba de derechos sagrados y sociales».

Urbiztondo, que era todo lo bueno que puede ser un carlista; Urbiztondo, que no degollaba a inocentes niños ni quería hacerse cómplice de las infamias de Tristany, fué destituido por intrigas de dicha religiosa y escrupulosa junta, mientras Tristany recibía de ella toda clase de auxilios y apoyo, y seguía impunemente cometiendo toda suerte de crímenes, infamias y horrores, envenenando trece pellejos de vino en cierta ocasión, como ya dijimos, recurriendo tan pronto al puñal como al incendio, tan pronto a la violación como al robo, degollando vivos mujeres y ancianos y arrojando agonizantes a las llamas a pobres soldados asesinados por orden suya.

Tristany no fué nunca excomulgado por ningún obispo ni arzobispo. Era muy religioso.

JOSÉ LORENTE

Cuando resonaban todavía en las cárceles lúgubres acentos de dolor lanzados por millares de inocentes, víctimas de la ferocidad de aquella hiena coronada a quien la historia designa con el nombre de Fernando VII; cuando el verdugo se había hartado de matar liberales y la horca apenas había descansado y Europa nos miraba avergonzada; cuando los campeones más ilustres de la causa liberal habían sido asesinados, ó llevados al presidio, ó estaban emigrados, y en todos los pulpitos se había predicado el asesinato y exterminio de los negros hasta la quinta generación; no contentos con tanta sangre y tantísimas víctimas, hambrientos de carne liberal, de saqueo, de destrucción, los apostólicos, aquella turba de asesinos, imbeciles y degenerados que la clerecía había reclutado en las cofradías, acusa de débil a Fernando, dice que los masones le han secuestrado, propala las mentiras más risibles y estúpidas; se fabrican milagros, se fingen revelaciones, se presenta a Carlos, el hermano de Fernando, como un príncipe destinado por Dios para exterminar la raza liberal y limpiar a España de herejes, y... surge en seguida la llamada guerra dels descontents. Verdaderamente aquellos miserables, ciego instrumento del clericalismo, estaban descontentos porque no se restablecía la odiosa Inquisición y se acababa de una vez con todo lo que olería a liberal.

Recordamos todo esto, para que la verdad quede en el lugar que le corresponde, ya que historiadores de nota han señalado como causa de nuestras guerras civiles la cuestión de derecho entre las dos ramas borbónicas.

No; el origen, la causa de esas guerras, es y esto hay que decirlo y repetirlo muy á menudo para que el pueblo lo tenga presente y no lo olvide nunca, el origen y causa de esas guerras, repetimos, es una cuestión de principios, no una cuestión de derecho. El alma de esas guerras, el nervio, la cabeza, es, ha sido y será el clero.

Todas las proclamas carlistas, todos los documentos, más que de los derechos de Carlos hablan de opresores de la Iglesia, del pobrecito clero perseguido, y todos terminan con el consabido grito de ¡viva la santa Inquisición! ¡viva la religión! ¡muera los negros!

Sin que Ron a protestara, muerto Zumalacárregui y no contento con haber puesto el nombre de Dios en la bandera de aquellos asesinos, Carlos nombró generalísima del ejército carlista a María Santísima. Y leyendo la historia de nuestras guerras civiles, parece que se está leyendo la de la Iglesia, tantísimas veces encuentra uno allí las palabras: cura, fraile, abad, prior, hermano guardián, doctoral, cabildo, rector, magistral, mosen, canónigo, obispo, arzobispo, etcétera, etc.

Sin el clero no hubieran existido aquí guerras carlistas, ni la Historia tendría que registrar los horribles crímenes cometidos en ellas; sin las instigaciones y el apoyo de los curas pacíficos, la guerra hubiera durado muy poco; sin curas de boina, sable y trabuco, la guerra no hubiera adquirido ese carácter de ferocidad que espanta, propio de las guerras religiosas únicamente.

Los cabecillas más sanguinarios habían salido del seminario; dígalos Cabrera; los más crueles é inhumanos eran curas; que hable la historia.

El Royo de Noguera y Peinado, cabecillas carlistas, en una de sus excursiones por la provincia de Teruel, sorprende a la guarnición de Arcos, cerca de Ademuz, compuesta de cien hombres del regimiento de Extremadura; se guarecen los liberales en la iglesia, donde se disponen a vender caras sus vidas, mas engañados con promesas falaces, capitulan a condición de que sus vidas serían respetadas.

Conducidos a Alventosa, el cura José Lorente, que pertenecía a una de las partidas, se empeña en que los prisioneros fueran fusilados *incontinenti*. El Royo y Peinado no se muestran conformes al principio y hasta llegan a sostener un fuerte altercado con el cura Lorente; pero al marcharse del pueblo los carlistas (20 de Octubre de 1836), hacen alto en una altura cercana, el cura Lorente se impone a sus dignos compañeros, y la muerte de aquellos prisioneros queda decretada.

Por orden de dicho cura se ordena al de Alventosa que suba a confesar a las víctimas, y se pide al ayuntamiento aguardiente en abundancia para mejor solemnizar al acto.

Llega el confesor acompañado del ayuntamiento y casi todo el vecindario. Se suplica, se ruega con lágrimas en los ojos por la vida de aquellos desgraciados; todo en vano; el feroz cura, después de repartido el aguardiente, hace que sean desnudados veinticinco de los prisioneros; sobre un palo coloca una inscripción obscena é insultante, manda hacer fuego y allí quedan en informe montón veinticinco cadáveres.

Horrorizados los vecinos de Alventosa, tratan de ablandar al feroz cura, y á cambio de las vidas de los prisioneros, que mudos de terror esperan la muerte contemplando los restos de sus compañeros, ofrecen cuanto dinero y objetos de valor haya en el pueblo. Lorente no accede, y moviéndose de todo sentimiento honrado, propone rescatar la vida de cada prisionero por la de un vecino del pueblo; en seguida ordena que sean desnudados los cincuenta y cinco prisioneros restantes, los coloca en el sitio conveniente y manda apuntar...

Uno de los oficiales que van á ser asesinados, resignado á morir, se levanta sin embargo para pedir que no fusilen á su hijo, niño de once años que desnudo está allí entre los que van á ser inmolados. Los vecinos de Alventosa y el ayuntamiento ofrecen al cura Lorente cuanto dinero quiera á cambio de la vida de aquella pobre criatura.—Si usted—dicen—no tiene bastante con el que hay en el pueblo, iremos á los pueblos vecinos, pediremos prestado y todo se arreglará.

El cura no accede; lejos de ello, manda sacar al pobre niño, hace que le peguen cuatro tiros y arroja después su cadáver ensangrentado á los pies de su padre, D. Domingo Sibru, que muere en seguida juntamente con sus compañeros. Setenta y siete cadáveres quedan allí, desnudos, ensangrentados, mutilados, echados en montón.

Consumado el sacrificio, el cura Lorente exige á los vecinos de Alventosa le entreguen el dinero y objetos de valor que habían ofrecido para salvar la vida á los prisioneros á lo que tuvieron que acceder; después les prohibió enterrar aquellas pobres víctimas... (Pirala. Historia de la Guerra carlista, tomo II, cap. 50 de la primera parte.)

Pero, ¿se trata de un hombre ó de una fiera? ¿Pertenece Lorente á la raza humana ó á la de los felices? Lorente, respondiendo

nosotros á estas preguntas que pudiera formular algún lector, era cura, era carlista; y como el cura Lorente hubo otros de cuyas hazañas nos ocuparemos.

Los asesinatos, los crímenes cometidos por el cura Lorente, indignan; pero la indignación pasa á convertirse en furor, cuando se sabe que terminada aquella guerra civil, aquel bandido vivió tranquilamente muchos años siendo cura de un pueblo del arzobispado de Burgos y cobrando sueldo de obispos que se llamaban liberales. (Historia de la Guerra de Aragón, Valencia y Murcia, por Santa Cruz, Cabello y Temprado. Todos los días el infame cuya ferocidad pinta bien la hazaña que hemos relatado, el vaba en el altar la hostia consagrada, y según la doctrina de la Iglesia, Dios en cuerpo y sangre descendía á sus manos atendiendo la invocación. El Papa y los obispos no consideraron necesario recoger las licencias á hombre tan malvado.

¿Qué honra para el clero católico, qué honra para el carlismo y qué honra para los gobiernos de Isabel III!

PAU MAÑÉ

Maravillábase Urbiztondo de que el cabecilla carlista apellidado el Llarc de Copons no pidiera nunca ninguna clase de recursos á la junta, y no acertaba á comprender cómo se las arreglaba para vivir independiente en la cuestión económica.

Oyendo continuamente ponderar el sistema administrativo de Llarc, quiso cerciorarse de ello personalmente y se dirigió á Labisbal cuando el famoso Llarc reunía sus batallones para una de aquellas correrías que siempre iban acompañadas de robos, incendios, violaciones y asesinatos.

Urbiztondo quedó maravillado al averiguar lo siguiente:

El milagro no lo realizaba el Llarc, sino un titulado comandante á quien el Llarc y sus subalternos encomiaban y respetaban en grado sumo, pues de él recibían las raciones, los utensilios y todo lo referente á la administración. Este titulado comandante llamábase Pau Mañé, y él sólo atendía á todas las necesidades, recaudaba, distribuía, llevaba las cuentas, etc., etc. El procedimiento—dice un historiador—era el siguiente:

Pau Mañé tenía una cueva de más de veinte varas de profundidad, á la cual era preciso descender atado por una cuerda que iban soltando los ayudantes de Pau; esta cueva, cuyo secreto poseían pocos, únicamente los más íntimos, había recibido de él el nombre de *cárcel de Carlos V*.

Cuantas personas pudientes podían secuestrar los batallones del Llarc, y cuantas podía coger una cuadrilla de mozos destinados á ello, siempre en acecho de los pueblos liberales, eran entregadas á Mañé que las metía en la cueva, donde sufrían un trato tanto más duro cuanto más tardaban en presentar la cantidad exigida.

La cuota de rescate era resultado de una rápida ojeada que al recibirles á su presencia dirigía á su rostro, traje y porte; el mínimo, sin embargo, estaba señalado en dieciséis onzas de oro. Cuando el prisionero por imposibilidad á otro motivo se resistía al pago, crueles apremios iban á estrecharle, ó se le dejaba á pan y agua durmiendo sobre aquel suelo húmedo é inmundado, ó se le atormentaba á palos ó se le rociaba con aceite hirviendo...

El mismo Pau Mañé retería muy á su y llamamente todas estas escenas que á sus ojos le acreditaban de carlista puro y decidido. Refería también que al bajar á uno de aquellos infelices se rompió la cuerda estreñándose contra el suelo, y que luego servía su aspecto para aterrar á los demás, porque sus miembros destrozados no fueron recogidos...

Horrorizado Urbiztondo de estas infamias, las prohibió en absoluto y dió parte de ellas al cuartel general del Pretendiente, pidiendo fueran castigados los culpables; pero el castigado fué Urbiztondo, pues se le puso una nota en su hoja de servicios afeándole que en Ripoll y Berga, poblaciones que se le rindieron, dejara en libertad á los liberales y respetara sus bienes; y últimamente se le destituyó, mientras Pau Mañé continuaba sumiendo en la *cárcel de Carlos V* á cuantos infelices eran aprendidos, y oyendo misa muy devotamente, porque eso sí, Pau Mañé era muy católico.

JOSÉ MIRALLES

Como la naturaleza gusta del contraste, á veces coloca lo ridículo al lado de lo horrible, para dar tregua al espíritu. Véase la proclama (en su propia ortografía) que dió José Miralles (el Serrador), comandante general del reino de Valencia:

«Comandancia general don José Miralles comandante General de este ejército y Reynos por su M. Sere D. Ge el Sor Dn. Carlos V de Borbón: a las Justicias del citado. Rey-

no dice que el gobierno hosi... pado... ha y puesto pena de la vida á todos los donados posible para tomar las armas y de no verificarlo sufrirán la pena citadas prometo en nombre del Rey que el que las tomare desde hoy día de la fecha ha delante sea prisionero ó no lo sea sufrirá la pena de muerte y el que tuviere y se presentare con las armas: será perdonado sin maltratar su persona ni bienes y de no verificarlo dentro del término de ocho días sufrirá la pena.

Pues el Rey como ha tan piadoso y Justo no quiere la pérdida de su Reyno ni la dictadura de sus vasallos sino que vivamos como ha ermanos con la tranquilidad y quietud posible y dejarno de querer cosas ynjustas como el Gobierno que estais aclamando ha infelis España como te degas Gobernarnar por una muger estrangera que pronto se vera tu fin.

Ea valeroso españoles Coronar á nuestro piadoso y legítimo Rey que el hos h ará felices á Vosotros y á nosotros sin caberla menor duda en vuestros corazones de lo arriba dicho todo lo cual se pone en Vuestro conocimiento para vuestro gobierno y inteligencia.

Esta circular E indulto las justicias le daran curse y de no verificarlo serán castigados con pena de muerte Campo de honor 28 de Noviembre de 1834.—El omendante. General José Miralles.»

Era el Serrador una especialidad para escribir documentos. He aquí el que pasó á Lucena:

«Me dirigo á ese pueblo con 3.000 valientes de infantería y Ciento *quarenta* caballos, con el obje to tan solo en que si de ponen las armas á esta *inbitación* de pas que les ago en nombre del rey N. S. *tratarlis* con toda consideracion dejando quietos y *tranquillos* á esos á *vitantes* conforme lo *é hecho* con los demas *pruebros* que *an ove decido* pero si desgraciadamente no *ha tienden* á esa voz de pas, en el momento hoygan un tiro daré orden para abrasar desde la primer masada del termino *asta* lo más sagrado de la Poblacion. No creo á Vs. tan *perlinases* que *cieran* de *clararse* tan abiertamente enemigos *deun* Rey tan *venigno* y que por ley tan divina y *umana* le corresponde la corona como *hes constante* *quela mano* del Todo Poderoso *gie* sus pasos, etc.»

El ayuntamiento de Lucena contestó que estaban dispuestos á morir «antes que *transigir* con *ladrones*, *incendiarios* y *asesinos*», terminando con esta fórmula: *Dios guarde á usted tan pocos años su vida, como lo desean el comandante y nacionales de esta villa*», añadiendo después de la firma: «Señor *cabecilla* de *ladrones* y *facinerosos*».

Huyeron los carlistas sin atacar á Lucena, porque llegó una columna liberal, pero incendiaron en su huida todas las masías inmediatas.

EL CURA ECHEVARRÍA

Escuso decir que después del fusilamiento de aquellos generales ladrones y asesinos en Estella, los teocráticos no podían ver á Maroto, y que éste les correspondía.

No obstante, á poco de ser nombrados don Basilio García primer jefe del ejército de Navarra y don Juan Echevarría segundo, recibió éste una carta afectuosa de Maroto (23 Agosto del 39) lamentándose de que «el fuese el autor del golpe mortal dado al carlismo con la división en el ejército, instándole á que desistiese de su mal propósito, é invitándole á celebrar con él una conferencia».

El cura le contestó con esta mansedumbre:

«Sr. D. Rafael Maroto.

Quien da el golpe mortal á la causa del rey, á la religión y á las provincias es usted, el *traidor*, el *asesino*, el *heremigo* declarado del uno y de los otros. Hablen por nosotros los sucesos. ¿Quién obligó al rey con el puñal á la garganta á firmar el contra-decreto? ¿Quién ha vendido y entregado á Rmales, Guardamino, Valmaseda, Orduña, Urquiolá y Durango? (La evacuación de la mayor parte de estos puntos fué acordada en consejo de generales). ¿Quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del rey y de su causa?

Jamás me uniré con traidores y asesinos como usted. Con menos tropas y recursos hemos podido siempre contrarrestar al enemigo é impedirle que invada el país; ahora ha atravesado en triunfo parajes en donde hasta el último debieron haber perecido. Pero ¿qué extraño es esto, siendo público y notorio hace ya largo tiempo, que está usted vendido á Espartero?

Pero no crea el traidor Maroto que los batallones 5.º y 12.º sean los últimos que levanten el grito de ¡viva el rey! ¡muera Maro-

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31